
ROSSELLA CALABRÒ
Cincuenta sombras de Gregorio
La cara más divertida de la trilogía más caliente del año.
Planeta

PREFACIO

En el momento en que escribo estas líneas, *Cincuenta sombras de Grey* y los dos volúmenes posteriores de la trilogía de James suman la friolera de veinte millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.

Quien no lo haya leído podría pensar que se trata de una novela erótica. Yo creo, por el contrario, que es una novela onírica que cuenta los sueños políticamente incorrectísimos que prácticamente toda mujer tiene, a la chita callando, entre los brazos de Morfeo.

En esta trilogía, algunas cosas son francamente insoportables: Anastasia, la protagonista, habla a gritos, y Mr. Grey, también protagonista, gruñe; ambos llevan invariablemente ropa de diseño exclusivo; el único fumador es el malo de la historia; Mr. Grey —un marido primerizo— muestra su cariño dándole palmadas en el trasero a su esposa en público. Son este tipo de cosas las que dan escalofríos, y no las sesiones de sadomasoquismo intercaladas con cadencia regular entre las páginas grises, negras y rojas (y muy rosas) de la novela.

Y sin embargo…

Y sin embargo, a pesar de todo, esta trilogía se lee en un soplo, o mejor dicho, en un suspiro.

Un poco porque es la representación novelada del síndrome de la enfermera de la Cruz Roja que hurga en el instinto maternal de las mujeres, y un poco porque desentierra el ideal del príncipe azul (gris) que, con toda la razón, habíamos machacado.

Pero los fantasmas, dada su naturaleza, nunca mueren; y, en efecto, al leer la trilogía se oye claramente cómo arrastran sus cadenas.

Es, pues, una especie de retorno a la infancia, a las fábulas incorrectas que nos contaron, a esas solemnes gilipolleces por las que a los niños los visten de azul y a las niñas de rosa, y a aquellas otras idioteces por las que las mujeres son frágiles y se mueren por los regalos caros.

En definitiva, un pequeño abecedario de los horrores que, aunque reneguemos de ellos con todas nuestras fuerzas, nos hacen volver a sentirnos pequeñas y bañadas en almíbar.

Ésta es la razón por la cual, a pesar de haber disfrutado con la lectura de la trilogía, me ha parecido oportuno reírme de ella, desdramatizarla, quitarle poder a su contenido conservador. La trilogía no deja de ser, eso sí, una obra maestra de sutileza psicológica aplicada al marketing en la que el lector no se aburre ni un segundo.

Pero, bueno, al final yo no he conseguido mantener la boca cerrada.

¿Cómo decíamos en mis tiempos? Ah, sí: una carcajada los sepultará.

Por lo tanto, coged una pala y un azadón, y tomad asiento en la próxima página.

EL GREGORIO LOCAL

El macho humano medio, aquí denominado Gregorio, difiere considerablemente del espécimen de ensueño definido en la literatura como Mr. Grey.

Es una cuestión de matices, es verdad: ambos pertenecen a la especie *Homo sapiens*. Pero cincuenta matices o, mejor dicho, cincuenta sombras no son una insignificancia.

Es un poco como cuando en el *National Geographic* nos cuentan que los dinosaurios están emparentados con los pájaros. Tendrán un ADN parecido, pero imaginaos que acomodáis en el sofá de vuestra casa a un velociraptor. A continuación, ponéis a su lado a un canario. ¿Estáis aún contando los matices que los distinguen?

Al igual que los dinosaurios, que son de algún modo animales legendarios, los Mr. Grey forman parte del imaginario colectivo. Como al yeti, al monstruo del lago Ness, a los marcianos o al unicornio, nadie los ha visto nunca de verdad. Pero de los dinosaurios se han encontrado huesos. Cuando se encuentren los restos fósiles del *Penis greyensis* podremos volver a plantear el tema. Por ahora, contentémonos con el *Penis gregorensis*, que debidamente reeducado e instruido no está tan mal.

Pero estábamos hablando de matices.

En este pequeño manual de contrainformación afectivo-erótica, repasaremos todos y cada uno de los cincuenta matices con el fin de recordar cómo son realmente las cosas aquí, en la vida real. No para dejar de soñar, que quede claro, sino para empezar a sonreír ante nuestros sueños, lo que hará que tal vez se vuelvan menos grises e, incluso, más coloridos.

Sombra n.º 1

EL ASCENSOR

Estamos a punto de explorar juntos el mundo de los matices de Gregorio. Pero, como queremos evitar gemir por el cansancio en lugar de por la tensión erótica, tomémonoslo con calma y no subamos cincuenta pisos a pie.

Acompañamos, pues, al espécimen masculino definido en la literatura como Mr. Grey mientras sube con su amada en el ascensor. Como es obvio, le cede el paso, en parte por galantería innata, en parte para entregarse a sofisticadas observaciones traserológicas.

Hasta aquí, el comportamiento del Gregorio local y el del Mr. Grey literario se solapan. Tal vez las consideraciones traserológicas de nuestro Gregorio sean menos sofisticadas, tal vez estén contaminadas «irremediablemente» de segundas consideraciones del tipo: «Humm, me parece que Lola ha cogido un par de kilos», pero digamos que no hay nada que distinga a los dos especímenes.

La diferencia, en cambio, resulta evidente en el preciso momento en que pulsan el botón que pone en marcha el ascensor.

Mr. Grey sufre una serie de fenómenos casi paranormales: su mirada se vuelve de metal fundido, su boca se entreabre ávida, su respiración se asemeja a la de un caballo en plena carrera, y ésa no es precisamente la única similitud con los équidos.

Entretanto, en la cabina, el ambiente se pone al rojo vivo, un flujo de electricidad de alto voltaje erótico pasa de él a ella, y viceversa, hasta que el dedo de Mr. Grey (no, no, pero ¡qué mal pensados!) detiene, con un único y sabio golpe de falange, tanto el ascensor como el tiempo. Tras esto, se consuma el coito en un torbellino de gritos sofocados, gemidos y preservativos (extraídos de envoltorios de papel de plata que el personaje, ayudándose de sus dientes, blancos como las nieves del Kilimanjaro, rasga con precisión).

Después, a pesar del dicho *«post coitum omne animal triste est»*, Mr. Grey está pimpante como un cachorro de koala, dulcemente abrazado a su amada, a la que prodiga una serie de caricias nariz contra nariz en un movimiento impregnado de gratitud y de almíbar.

Y a Gregorio, en cambio, ¿qué le sucede?

A bordo del ascensor, su mirada se vuelve afilada como la hoja de una navaja mientras examina en el espejo las tristes señales de la calvicie incipiente y maldice como un koala al que le hubieran robado las apetitosas ramas de eucalipto. La boca asume la forma de un cucharón mientras pronuncia para sí un sofocado «¡A tomar por saco!» dirigido a las odiadas entradas

que avanzan por su cabeza. A continuación, con el dedo extendido (no, no, pero ¡qué mal pensados!) le señala su frente a su amada y le pregunta: «En tu opinión, Lola, ¿es verdad que la calvicie se debe a un exceso de hormonas masculinas?»

Lola lo tranquiliza, lapidaria: «No.»

Ahora el ambiente se pone al rojo vivo. Gregorio detiene el ascensor mientras un flujo de electricidad de alto voltaje pasa de él a ella. Tras esto, se consuma una breve lucha, que concluye con la habitual lotería sobre quién de los dos irá a hablar con las maestras de los niños.

Qué casualidad, es Lola la que gana.

Sombra n.º 2

LOS MEDIOS DE TRANSPORTE

Sin abandonar el tema de la locomoción, pasamos ahora a identificar los matices que distinguen los medios que utiliza el espécimen Grey y los que usa el espécimen Gregorio.

La literatura nos informa de que Mr. Grey se desplaza en planeador, en yate, en helicóptero. Todos de su estricta propiedad. Y si un día prefiere algo más normal, puede disponer también de un automóvil lujosísimo, con los cristales tintados y, *ça va sans dire*, un chófer.

Ahora bien, lo bueno de los libros es que se puede inventar cualquier cosa. Incluso una lanzadera, de ser necesaria, costaría tan sólo dos líneas, sin tener que meterle mano a la cuenta corriente.

Pero, en el mundo real, ¿cómo se mueve Gregorio?

El Gregorio clásico tiende a desplazarse en moto. Posiblemente en una de esas con el asiento del pasajero de unos siete por siete centímetros, donde la amada se ve obligada a amarrarse como una mochila al Gregorio de turno, con la constante preocupación de que, a la primera arrancada (con un leve —e irresistible— caballito), acabará en el suelo, abandonada como un bidet viejo en el vertedero. Esto nunca sucede, pero es muy, pero que muy desagradable, pensarlo y le quita muchos puntos al placer del viaje.

Y aún hay más: el espécimen de Gregorio, una vez equipado con una moto, suele utilizarla en toda ocasión, y le coge manía al coche y reniega para siempre de él.

¿Que hay que ir, por ejemplo, a la boda de una amiga? Se va en moto, cómo no. ¿Y quién le hace entender a Gregorio que una hora dentro del casco de la moto no da los mismos resultados que una hora bajo el casco de la peluquería? ¿Quién le dice que, en la ceremonia,

todas nuestras amigas llevarán el pelo perfectamente planchado, mientras que nosotras nos bajaremos de la (jodida) moto como si nos hubieran puesto un pulpo en la cabeza? ¿Quién se encarga de informarle de que el ardiente silenciador nos está abrasando las pantorrillas? ¿Quién le revela que un pendiente colgante nos está marcando la cara con mil lenguas de fuego mientras la correa del casco nos lo hinca en la carne? ¿Quién le muestra nuestros ojos de Pierrot después de que todo el rímel se nos ha corrido hasta cubrirnos los dientes, que no paran de rechinar?

Pero las simpáticas excursiones en moto suponen para Gregorio otra irresistible ventaja más: toda conversación está vedada. Salvo un tímido pellizco en el muslo gregoriesco cuando ya no aguantamos más y tenemos que parar a hacer pipí, comunicarnos con nuestro amado es imposible. Y esto lo vuelve aún más entusiasta del medio elegido.

Así, mientras el sujeto literario Grey nos entretiene amablemente pidiéndonos que le contemos lo monas que éramos de pequeñas, o haciéndonos saborear con antelación —ahora que ya no somos pequeñas— los abismos del placer erótico, el Gregorio local se funde con el manillar y, mientras fantasea con horquillas, bujías y carburadores que cambiar, nos conduce sin hacernos caso hacia el punto de destino.

Sombra n.º 3

LA BELLEZA MASCULINA

Mr. Grey es guapísimo. Ojos grises como el cielo antes de una tormenta hormonal. Manos grandes como el amigo soltero que vive más abajo del cinturón. Cabello como para hacerse un nido con él.

¿Y Gregorio?

Ojos: dos. Manos: igual. Cabello: heroico, porque puedes admirar el monumento a los caídos erigido en su memoria.

Sombra n.º 4

LA IMAGEN

Mr. Grey lleva siempre prendas *homewear* impecables mientras, con el poderoso torso desnudo y los vaqueros rotos en su punto justo (tal vez con el primer botón desabrochado, no porque le tiren los pantalones a causa del michelín, sino por malicia), se pasea con andares de puma por la casa.

A veces, también Gregorio, durante los primeros días de convivencia, se parece un poco a Mr. Grey. Pero después, al cabo de unas semanas, el torso poderoso (si de un torso poderoso se trataba) se esconde bajo camisetas decoradas al óleo (del asado), mientras vuelve a guardar celosamente los vaqueros en el armario y los sustituye por pantalones de pijama estilo viejo canguro con las rodillas deformadas.

¿Y los andares de puma? Se esfuman en un diálogo apasionado entre la zapatilla derecha y la izquierda.

También el cesto gregoriesco de la ropa sucia, cuando presenta aún el estilo Mr. Grey, contiene ropa interior que no está nunca realmente sucia.

Los bóxers o los slips, según los gustos del espécimen, están apenas un poco gastados, pero sólo apenas, no como después de algunos meses de convivencia, cuando, sin necesidad de llamar a los del CSI, es posible averiguar el menú del comedor de la empresa o el del bar que hay debajo de la oficina.

Sombra n.º 5

LA ENFERMEDAD

Mr. Grey nunca tiene un resfriado digno de ese nombre. Duerme poco, pero no está nunca cansado. Parece que se mate a trabajar, pero en realidad no da nunca ni clavo.

En pocas palabras, está siempre fresco como una lechuga y sano como una manzana.

¿Y si Gregorio se pone malo?

La enfermedad, entendida aquí como una temperatura corporal que oscila entre los treinta y siete grados y los treinta y siete coma uno, pone a dura prueba la convivencia con un espécimen de Gregorio.

Durante el episodio febril, el pobre hombre pierde por completo el uso de las extremidades, de modo que la simple empresa de coger, por ejemplo, una botella de agua del frigorífico le resulta imposible y, en consecuencia, necesita de la constante y piadosa intervención de los demás.

Para compensar la inmovilidad, se aprecia en el individuo un importante aumento de la amplitud vocal con tendencia a la logorrea, que produce expresiones caricaturescas como: *«Toi fadal, cadiño, aiuda*.»

Huelga decir que la alimentación de un Gregorio enfermo exige un devoto esmero, y él, que es un paciente sabio, a la pregunta: «¿Qué quieres comer?», responde trémulo: «Un caldiiito.» Aunque después lo pillas con un muslo de pollo bajo la axila mientras se dirige con aire sospechoso a un rincón oscuro de la casa.

Pero el fenómeno más sorprendente es el llamado síndrome de Lázaro, que tiene que ver con dos partes concretas del cuerpecito martirizado del pobre Gregorio.

Por la primera zona afectada, también se lo conoce como el síndrome de la pilila, y no por denigrarla, sino porque implica directamente al órgano citado. Dicho órgano, como por arte de magia y a pesar de la enfermedad, puede tocar una fuga (f-u-g-a) sin perderse una.

La segunda zona implicada da lugar al síndrome de la cervecita. Es decir, ante la propuesta de algún amigo de combatir el maldito virus con altas dosis de malta fermentada, Gregorio, al igual que Lázaro, se levanta, se viste decorosamente y camina. Este milagro constituye una innegable ventaja, pues durante unas horas aleja al individuo de la vivienda familiar.

Nos complace informarles de que la autora alquila amigos de cervecita al ventajoso precio de cincuenta euros cada uno. Vengan, señoras, vengan.

Sombra n.º 6

EL HOMBRE MISTERIOSO

Mr. Grey es un hombre indudablemente misterioso. Pero también Gregorio es un hombre indudablemente misterioso.

No ha revelado jamás el motivo por el que es incapaz de encender la lavadora.

Sombra n.º 7

LA COCINA

El espécimen Grey, como hemos visto en los libros, dispone de una cocina perfecta, hipertecnológica, equipadísima, limpísima, en la que se mueve con desenvoltura mientras nos ofrece deliciosos manjares cocinados por la gobernanta (que no somos nosotras). En esa cocina no se pierde una miga, no se deja una gota, no cae una pera sin el permiso de Grey.

La mesa, de diseño, está inmaculada, y se presta obvia y ergonómicamente a deliciosas uniones carnales en las que el papel de pollo a la jardinera e incluso el de patatas fritas lo representamos nosotras.

¿Y el espécimen Gregorio?

Gregorio, en cambio, es un sumo experto en el arte culinario de ensuciar el mayor número posible de platos y ollas, en particular las que por su forma o sus dimensiones no entran en el lavavajillas ni con el asesoramiento de un contorsionista consumado. Al fin y al cabo, está además la gobernanta (que somos nosotras), lista para recogerlo todo.

Otra actividad en la que Gregorio despunta es el atascamiento. El individuo, cuando tiene que deshacerse de pieles de patata, espinas de sargo, dientes de ajo, corazones de manzana y posos de café, inexplicablemente los tira, sin más, en el fregadero. No, no en la basura, que por otra parte se encuentra a apenas unos treinta centímetros de distancia, sino allí mismo, en la pila, donde los míseros restos de la orgullosa comida se transforman en un horrendo

revoltijo maloliente en el que, durante la noche, los grumos cobran vida y llaman con el iPeste a las amigas bacterias para invitarlas a una estupenda fiesta de pijama.

Así, mientras el cubo de la basura permanece pulcro e impoluto, la pila embozada comienza a cobrar vida y, si prestamos atención, la oímos mientras empieza a pronunciar, gorjeando tiernamente, sus primeras sílabas: «Blub, blub, blub.»

Y luego, tras pronunciar el último blub, se atasca definitivamente.

Después hay quien se lamenta de que nosotras llamemos al fontanero y le estemos la mar de agradecidas.

Sombra n.º 8

LOS EFECTOS SONOROS

¿Qué sonidos emite el Mr. Grey literario en presencia de una gentil doncella? Pocos, pero buenos. Suspira con apasionada elegancia, gime con ardor, a veces incluso gruñe con la perturbadora sensualidad de un licántropo.

O bien susurra palabras de amor en salsa de vainilla.

Pero jamás se le escapa nada prosaico.

¿Y Gregorio? Éste, al principio de la vida en pareja, tiene, por así decirlo, pleno control de sus orificios: parece una personita limpia, educada, que no emite ningún sonido aparte de algún que otro leve y poético gruñido para alabar la comida o los encantos de su amada.

Pero en el noventa y nueve por ciento de los casos, después de un añito de cautividad, Gregorio sufre fenómenos inexplicables.

¿Un ejemplo? Asaltado por una sed insaciable de cultura, comienza a practicar la pronunciación del alfabeto. Recita con precisión las veintisiete letras, como una dulce nana, después de cada santa comida.

El problema es que Gregorio las recita eructando.

«Aaarp», «Buuurp», «Cuuurp», «Duuurp», «Eeeurp», «Fffúrpete» (la *f* constituye la excepción), «Gluuurp», «Hhhurp» (este último tiene un olor muy característico), «Iiiurp», «Llluuurp», «Muuurp» (aquí se pone los índices sobre la cabeza, imitando los cuernos de un

toro), y así sucesivamente hasta llegar al «Zzzuuurp» final, que incluye la *z* del Zorro, que *ze* materializa con un *ziete* en el mantel.

Bueno, el alfabeto con eructos, somos conscientes, es una piedra angular de la esencia gregoriesca, una meta que sólo unos pocos elegidos son capaces de alcanzar después de años y años de rigurosa práctica. Nos parece, de hecho, que en algunos centros de artes marciales enseñan a formar frases enteras ensamblando las veintisiete letras eructadas. El campeón mundial recitó una vez de este modo *Supercalifragilisticoespialidoso*. Pero sin cantarla.

Anécdotas aparte, nos preguntamos: ante la expresión anonadada de su compañera, ¿cómo se las arregla Gregorio?

Bueno, pues pone carita de niño pequeño y responde, muy serio, que aguantarse los eructos hace que te duela la barriguita. Y amenaza incluso con llamar a su mamá si le llevamos la contraria. O bien, si es un Gregorio de los chistosos, comienza a dar brincos alrededor de su amada piando inocuos, pícaros e infantiles «¡prub!, ¡prub!», que después graba y reproduce al revés, como cuando habla el demonio.

(¿Habéis intentado leer «prub» al revés? ¿Eh?)

Sombra n.º 9

LAS SÁBANAS

Grey es el mago de las marranadas bajo las sábanas.

Gregorio también. El problema es cuando las agita para dispersar el gas.

Sombra n.º 10

LA DISCUSIÓN

Incluso cuando discute, Mr. Grey lo hace deliciosamente.

Todo un toma y daca sagaz, un sarcasmo amoroso, una escaramuza brillante y aguda que, además, ya se sabe cómo va a terminar.

Pero, sobre todo, después de haber reñido (y de haber hecho las paces como sólo él sabe, a golpe de anillos de compromiso, ramos de flores y otros golpes más… bajos, por decirlo de algún modo), Mr. Grey pasa la noche despierto y observa embelesado a su amada dormida, mientras trata de comprender el secreto de sus sueños, intentando seducirla y hacerse perdonar, aunque ella yazca (desnuda, ya puestos) en los brazos de Morfeo.

¿Y nuestro Gregorio local? Humm…

Digamos que el paso de la vigilia al sueño es para nosotras, las mujeres, una excelente oportunidad para reflexionar sobre las diferencias entre la especie literaria de Mr. Grey y la del hiperrealismo gregoriesco. También resulta útil saber que la diferencia entre el momento en que una mujer y un hombre se quedan dormidos después de una discusión es de unas dos horas.

Gregorio, tras una pelea con su Lola, pulsa el botón OFF, situado en algún lugar de su nalga izquierda, y cae de inmediato en un letargo profundísimo del que saldrá fresco y descansado tras sus buenas ocho horas seguidas de sueño.

Su compañera, en cambio, sufre una mutación genética temporal que le hace parecer un búho, con los ojos abiertos de par en par, el plumaje en desorden, y el pico que se abre y se cierra a intervalos regulares para pronunciar la conocida frase: *«¿Quécoñohacesdurmiendo?»*

Mientras las ondas cerebrales de Gregorio registran una fase de sueño total, absoluto e imperturbable, las de Lola revelan una actividad frenética. Ella, primero, revive en modalidad *past*, palabra por palabra, toda la discusión, incluida la mirada furtiva al espejo en la que vio reflejado su estado miserable y desplumado.

Después pasa a la modalidad *future*, y se imagina todos los escenarios posibles de su relación con un optimismo digno de los mayas.

Mientras tanto, como las mujeres pueden hacer varias cosas a la vez, Lola utiliza el hemisferio derecho de su cerebro para hacer, por riguroso orden alfabético, una lista de los insultos más

vulgares que conoce: desde la *a* de *«astúpido»* a la *z* de «zueco» (es que con la última letra sólo se le ocurre «zorra», pero es femenino y no encaja).

Después, Lola juega indefectiblemente una carta que los ingenuos confunden con el misticismo tardío zen: intenta ponerles sonido a las lágrimas. No porque sea una apasionada de las castañuelas, sino porque con su plinc-plonc lacrimoso quiere despertar a Gregorio y hacerlo sentir culpable por su llanto desgarrador.

Pero él, que en estado de vigilia se ve normalmente atormentado por sentimientos de culpa atávicos y multidireccionales, cuando duerme, duerme.

El alba los saluda haciéndoles a cada uno un regalo: a él, una inoportuna y ofensiva erección; a ella, el deseo de hacer que la erección se le pase obligándolo a ir al colegio a hablar con los profesores de los niños durante los próximos cien años.

Sombra n.º 11

LAS DISCULPAS

Cualquier Gregorio, incluso el más negado en la cocina, muestra una habilidad extraordinaria en el desempeño de, al menos, una tarea culinaria. No, no nos referimos a esas mezclas de comida y sexo en que Mr. Grey es un experto. No, no estamos hablando de untar miel o nata allí donde no llegan ni los rayos del sol. Ni siquiera de espelta y rúcula, dos alimentos que los más fanáticos de la salud siempre intentan aprovechar al máximo.

Estamos hablando de tortillas.

A las que nuestro Gregorio de confianza, a diferencia del Mr. Grey literario, sabe darles la vuelta con una desenvoltura celestial.

Mira por dónde, he aquí una cosa que el *míster* no sabe hacer y que Gregorio, en cambio, hace de maravilla.

Con un hábil giro de muñeca, ¡tac!, Gregorio le imprime a la sartén un movimiento divino, a medio camino entre el respingo y la ondulación y, ¡cataclac!, el fruto de un par de gallinas ponedoras se vuelve armonioso en el aire hasta aterrizar, con la precisión de una sonda en Marte, justo en el centro de la sartén.

Pero esta tortilla es exclusivamente simbólica. Es decir, no es que Gregorio se ponga a cocinar la mar de contento para aligerarnos de la carga cotidiana de tortillas, chuletas, pasta y

menestras que llevar a la mesa (cosa que, por otra parte, ni siquiera hace Grey, pero por lo menos él tiene a la gobernanta).

Gregorio sólo le da la vuelta a la tortilla cuando sabe que se equivoca de medio a medio.

¿Un ejemplo?

Lola: «Gregorio, ¿me explicas por qué todas las noches, mientras ves la tele, pegas los mocos bajo el sofá?»

Gregorio (mientras se pone lentamente el delantal de chef): «¿Quieres saber la verdad? ¿La verdad pura y dura? ¿Eh?» (Entretanto, gana tiempo haciendo girar las neuronas junto con la tortilla.)

Lola: «Venga, dime esa verdad pura y dura. Tengo muchísima curiosidad.»

«Vale —replica Gregorio—, tú lo has querido. Bueno, aquí tienes la verdad pura y dura, servida en bandeja —o en sartén, podría añadir nuestro espécimen en este caso— de plata: justamente tú, mi querida Lola, que tanto te interesas por la psicología y esas gilipolleces, deberías saber que, si un hombre pasa las noches en el sofá, es porque tiene una necesidad primordial de regresar al útero materno, donde todo es mullido y no hay conflictos. Y esto debería hacerte reflexionar sobre tu papel de mujer, incapaz de sustituir dignamente la figura materna. Pero no quiero ensañarme, que, para colmo, últimamente incluso has engordado, así que ya tienes bastantes problemas.

»¿Qué estábamos diciendo…? El útero. Eso es, sí, emmm. Por lo tanto, dado que un pobre hombre se ve obligado, a causa de la ineptitud de su compañera, a englobarse en el sofá-útero, sufre una comprensible regresión que, en busca de seguridad, lo lleva a meterse un dedo en la boca o, como está oscuro y se confunde, en la nariz. Allí, agitando el índice como lo haría su compañera para recriminarle algo, encuentra sus mocos y, en un impulso de sana rebelión contra la autoridad, se los va sacando uno a uno y después los pega en el sofá como trofeos de su crecimiento y evolución personal con el fin de que sus descendientes lo recuerden.»

Lola: «Ah, entonces, si tú llenas de mocos todo el sofá, ¿es culpa mía?»

Gregorio: «Claro que sí. Pero no te preocupes, aunque seas una insensible, yo te quiero igual. Y si me pides disculpas, estoy dispuesto a perdonarte.»

Sombra n.º 12

LOS ZAPATOS

Pocos días antes del primer encuentro con su amada, el sorprendente, generoso y sensible Mr. Grey le llena el armario de vestidos, joyas y accesorios impresionantes, entre los cuales cabe señalar una serie de zapatos (Louboutin, *ça va sans dire*) que harían caerse de espaldas a cualquier mujer.

Qué casualidad. ¿Sabéis cuál es el mueble que más aterroriza a Gregorio, el que le causa un cortocircuito en las neuronas y le hace aullar, atónito como un dinosaurio ante el meteorito en llamas que provocará su extinción?

El zapatero (el nuestro).

Frente al monolito, que se yergue imponente, él se agacha en un impulso de reverencia primitiva, y después, alzando los ojos con las pupilas dilatadas, pregunta en un soplo:*«¿Paraquécojonesquierestodosestoszapatos?»*

La diferencia entre hombres y mujeres no está en la cantidad de hormonas o de pelos, o en si hacemos pipí sentados o de pie. Es ante un zapatero donde la diferencia entre ambos sexos estalla en toda su evidencia. Y los matices que distinguen a un Grey de un Gregorio son infinitos.

El pobre hombre no puede comprender que, por ejemplo, si una dice «botas», dice al mismo tiempo «de tacón alto, de tacón bajo, con plataforma, de media caña, por encima de la rodilla, deportivas, elegantes, clásicas, de tendencia», y que también tiene en cuenta al menos una decena de colores y materiales distintos.

Para él, sólo existen dos tipos de botas: las cómodas y las de puta.

¿Y las manoletinas? ¿Quién le explica a Gregorio que hay que tener al menos un par de manoletinas por cada color del arco iris? ¿Y cómo hacerlo partícipe de ese éxtasis artístico que se apodera de nosotras cuando las contemplamos todas juntas, rojo, amarillo, naranja, verde, azul y violeta? Él, el pragmático Gregorucho, al final del arco iris busca la olla llena de oro, mientras que nosotras la olla la hemos convertido en seguida en zapatos.

Sombra n.º 13

LOS PELIGROS

Mr. Grey involucra a su amada en situaciones extremas, saturadas de peligro y de golpes de efecto que te ponen los pelos de punta.

Gregorio también: a las reuniones de la comunidad de vecinos va siempre Lola.

Sombra n.º 14

LOS REGALOS DE NAVIDAD

Ya se trate de Navidades, aniversario, cumpleaños o de un día cualquiera, Mr. Grey no tiene rival a la hora de hacer regalos.

La literatura disponible sobre el tema nos informa de que su amada ha recibido en pocas semanas tantos regalos como para satisfacer a todo un harén durante seis o siete reencarnaciones.

¿Y Gregorio? Para no humillarlo demasiado con los aniversarios (que se le olvidan) y los cumpleaños (que también se le olvidan), tomemos el ejemplo de las Navidades, una fecha fácil de recordar y de celebrar.

Durante los días que preceden a las fiestas navideñas, Gregorio aprovecha los rigores invernales para entrar en letargo. De esta forma evita escuchar los sutiles y subliminales mensajes —también las pancartas de seis por tres metros— con que Lola intenta sugerirle algún regalo que le encantaría recibir.

Hemos visto a mujeres que todos los santos días, del 1 de septiembre al 24 de diciembre, se han dibujado diligentemente con rotulador un anillo en el dedo anular de la mano derecha.

Otras han compuesto y cantado a voz en grito su *jingle* personal: «iPad, iPaaad, cuánto me guuustan los iPaaads, el regalo ideal para la Navidaaad.»

También hay quien se ha paseado descalza por el parque o incluso por el asfalto (a falta de zonas verdes), con el fin de hacerle entender a Gregorio que le gustaría que le regalasen unos zapatos.

Pero él, nada de nada. Muerto. Tieso. En letargo hasta las ocho y media de la tarde del 24 de diciembre, cuando, con las persianas metálicas de las tiendas medio bajadas, sale de improviso de la hibernación y compra a porrillo medias con liga para su hija recién nacida, un monopatín rojo para su tía octogenaria y un carburador nuevo para su mujer. Y no sólo eso, sino que le dice alegremente a la dependienta: «Usted que tiene tan buenas manos, ¿no me haría un paquete bonito?» Porque él, con sus lindas manitas, no es capaz de envolver un regalo como es debido (léase: a las nueve echan una película en la tele).

Después, contento y parlanchín como un esclavo liberado de las cadenas, vuelve a casa dando brincos y arroja con gracia los regalos bajo el árbol, como si de discos de hockey sobre hielo se tratara. ¡Fiuuuuu!

Y luego coge el mando a distancia para ponerse rumbo a nuevas aventuras.

¿Y la tarjetita? Claro, porque, a veces, la tarjetita es más importante que el regalo (Grey *docet*).

Para nuestro Gregorio, es cosa de un momento: un bonito folio DIN-A3, un rotulador (rojo, o plateado en el caso de los especímenes más evolucionados) y una frase que dice, en un arranque de creatividad sin par: «Felicidades.»

Y si lo acusan de pereza, Gregorio, picado, responde: «De ningún modo, Lola, esto es arte minimalista, ya está bien de oropeles, barroquismos y almíbar, venga.»

Pero a nosotras el almíbar nos gustaría mucho.

Sombra n.º 15

LA TELE

Cuando está en casa, Mr. Grey pasa a menudo la noche tocando (divinamente) el piano. Éste es el único sonido que invade los miles de metros cuadrados de su mansión.

Obviamente, no hay ni rastro de vulgares aparatos audio-televisivos.

Luego, quizá a última hora, mientras la luna resplandece plateada en el cielo, su amada, que lleva como único vestido una camisa de lino que ha cogido del guardarropa de Mr. Grey, se acerca hasta él sigilosamente.

Se tumba lánguidamente sobre el piano, tal vez toca alguna nota en el teclado y…, bueno, sucede que, en un intercambio de papeles y de instrumentos, ella toca el piano y él se la folla.

Vale. Y Gregorio, por su parte, ¿qué hace por las noches?

La naturaleza lo ha dotado de un oído que funciona a la perfección. Tímpanos, pabellones auditivos y demás huesecillos son de una calidad excelente. Algún espécimen un poco friki lleva agujeros en los lóbulos, pero ello no hace que oiga peor. Como mucho le provocan algún que otro problema en las entrevistas de trabajo, pero nada más.

Y, entonces, ¿por qué hay tantas marcas del volumen de su televisor como las patas de un milpiés?

¿Por qué cuando Gregorio ve una película de terror de cuarta categoría, llena de gritos y destripamientos, o películas de guerra donde se bombardean a son de decibelio, o gilipolleces *pulp*, todas efectos especiales, por no hablar de los partidos de fútbol, pone el volumen al máximo?

¿Por qué, a pesar de estar aparcado en un sofá que dista cuarenta centímetros del televisor, ante el desesperado ruego de «Baajaaa eeeesoooo», el pequeño y tierno Gregorito tiene que gritar «No pueedoooo»?

¿Es que no le importa quedarse sordo? ¿Qué necesidad hay de tener el volumen tan alto?

También los vecinos tienen televisor, así que no se trata de compartir, en un gesto de insospechada filantropía, el tuyo con los más pobres.

En una frase, ¿por qué Gregorio, a pesar de ser un espécimen joven y sano, se comporta como si fuera un viejo sordo e hinchapelotas?

La hipótesis más aceptada es la del cerumen psicosomático, también conocida como la vieja y querida hipótesis de la supresión de la realidad. Cuanto más alto está el volumen, más se aísla Gregorio del resto del mundo, engregoriándose en un planeta únicamente suyo, poblado por adorables píxeles que hacen bang-bang, pum-pum, ñam-ñam, brum-brum. Píxeles a los que quizá responda con algún que otro lacónico e impune gruñido.

Sombra n.º 16

CABALLEROS

«Oh, sí, abandónate», exhorta a su amada Mr. Grey, con ojos líquidos en los que nadan hormonas grandes como truchas.

«Oye, pero ¿no te estás abandonando un poco?», pregunta Gregorio, observando el pequeño michelín que domina el pubis de Lola.

Sombra n.º 17

EL SEXO ACUÁTICO

A nuestro Grey literario, personita morbosa pero muy limpia, le gusta llevar a su amada a la ducha para gozar con resbaladiza destreza de sus encantos. Y lo hace, obviamente, de manera sublime.

Inexplicablemente, su ducha es la más cómoda y estable de las alcobas: los baldosines en los que apoya la espalda de su amor nunca están gélidos, la alcachofa no está nunca atascada por la cal y…, bueno, sexualmente hablando, el Grey enjabonado no patina nunca.

¿Y Gregorio?

Bueno, pues a Gregorio no se le da tan bien. Limpio sí es, pero sus logros acuáticos sólo lo harían quedar como un rey en las termas de Paturnia.

En primer lugar, en la ducha de Gregorio casi nunca caben dos personas, y si, por esas casualidades, Lola tiene un poco de claustrofobia, allá dentro lo va a pasar bastante mal. La ventaja, sin embargo, es que no hay peligro de que nadie se rompa la espalda. Es decir: cuando Gregorio, que se ha enjabonado incluso los pies (ya hemos dicho que es un chico limpio), resbala y tropieza como un pingüino, se da con la cabeza en las paredes de la ducha, eso sí, pero por lo menos no se queda tendido cuan como es, ya que casi no hay espacio para tumbarse. Y hasta aquí, casi, casi, Gregorio 1, Grey 0.

Los problemas comienzan cuando Gregorito decide enjabonar a su Lola. Primero, resbalón gregoriesco: le enjabona también la cara, sin pensar, el muy ingenuo, que eso va a hacer que a ella se le corra el rímel hasta los dedos de los pies, dos regueros negros que no son un bonito espectáculo.

No contento con esto, Gregorio, que ha leído los libros de Mr. Grey, dirige la alcachofa —de la que sale una agua helada— hacia los muslos de Lola, en parte para eliminar los regueros negros, en parte para provocarle un estremecimiento prohibido. Resultado: si antes Lola tenía la carne de gallina, ahora la tiene de ornitorrinco, y además ahora dispone de argumentos de peso para ganar la causa del divorcio.

«Muy bien», se dice Gregorio, y cambia de táctica. Pone el regulador en *hot* (que en una situación así es lo que corresponde) y apunta el chorro de agua hirviendo hacia Lola.

«¿Quécoñohacesimbécil?», grita su amada, cuya voz retumba tórrida en el hueco de la ducha.

Gregorio, con las orejas (y no sólo las orejas) gachas como las de un cocker, intenta entonces salvar lo salvable. Se dice a sí mismo, astuto: «¿Qué haría en este momento Mr. Grey? Bueno, se apoyaría virilmente en la pared, abrazaría a Lola desde atrás, le cubriría los pechos con las manos en forma de copa (de champán), le susurraría palabras ardientes mientras el agua lame los cuerpos como mil lenguas de pterodáctilos.» Bueno, esto del pterodáctilo lo añade Gregorio porque acaba de ver un documental y porque, además, no se le puede copiar todo a Grey, hay que ser mínimamente original.

Al final, concluyen de algún modo la unión acuática. Los dos amantes cruzan indemnes el lago Baikal (31.500 km^2 de agua, ahora dulcemente derramados en el suelo del baño) y se miran en el espejo: ella está exhausta; a él, el agua que cae de la cortinilla le gotea sobre la oreja.

Sombra n.º 18

LA FANFARRONERÍA

Mr. Grey no sabe qué es la fanfarronería. Quizá, entre otras cosas, porque no tiene amigos con los que aullar como un coyote, beber como un camello y eructar como un macaco.

El hecho de que sólo se relacione con mujeres es sin duda una pesadez, pero le ahorra al sexo débil el deplorable espectáculo de que Mr. Grey muestre ningún tipo de fanfarronería masculina. Y es un buen ahorro: vosotras, señoras, lo sabéis muy bien.

Gregorio, en cambio, tiene amigos a porrillo, cada uno peor que el otro.

Nos gustaría mucho contaros las horripilantes veladas que pasan juntos, pero como toda mujer debe por lo menos apreciar a su Gregorio para excitarse sexualmente, es mejor que la próxima página aparezca con el providencial rectángulo de la censura.

Lo hacemos por vuestro bien.



La culpa de todo esto no es de las neuronas gregoriescas, que quede claro. La culpa es del alcohol y, sobre todo, de la manada.

Aunque os hayáis pasado los mejores años de vuestra vida educando a vuestro Gregorio, poniéndole el silenciador allí donde se le escapan los ruidos más lacerantes, o tratando de hacerle comprender qué diferencia hay entre la ironía sutil y la burda fanfarronería, cuando se encuentra entre los miembros de la manada se pierde inexorablemente. Mejor saberlo.

Sombra n.º 19

LA CAMA

Irse a la cama con Mr. Grey es una experiencia inolvidable, ya se sabe. Pero *dormir* con Mr. Grey se puede definir como algo celestial. Y quizá también un poco surrealista. Él no ronca, no te quita el edredón, no rueda sobre sí mismo toda la noche como un filete empanado, y si por aquellas casualidades se levanta de la cama, sólo es, como hemos visto, para ir a tocar con dulzura el piano. Y lo hace en una habitación alejada varias decenas de metros del sacro tálamo, por lo que el sonido de las teclas llega hasta su doncella tenue y sutil como el delicioso ronroneo de un gato.

Ahora toca abordar la comparación con Gregorio.

Aunque duela decirlo, Gregorio sufre durante la noche transformaciones algo acrobáticas: es capaz de pasar de cafetera en forma de morsa a rollito de primavera en pocos movimientos.

Es más: con sus transformaciones puede despertarnos justo en el particularísimo momento en que nos vamos quedando fuera de combate, venga, que a lo mejor me duermo, ya se me va nublando el cerebro, ahhh, sí-sí-sí, qué gusto…

RRRRRRRRR.

Ya está, Gregorio se ha puesto a resoplar a pleno pulmón y ahora ronca como una cafetera de doce tazas.

Después, como la mezcla de café y de rabia ha acabado por desvelarnos, nos pasamos una hora despiertas silbando, pegando empujones, dándole patadas en la tibia, meditando la venganza, elaborando complejas imprecaciones que, además, van a ser perjudiciales para nuestras posibles reencarnaciones. Pero luego, exhaustas, nos volvemos a dormir.

¡PUM!

¡Ajá! Transformación número dos: Gregorio es ahora una morsa, y además parece como si lo hubieran ensartado en un pinchito. De hecho, ahora mismo está girando sobre sí mismo y

rodando sobre el colchón. Pero, tras consultarlo en Google, descubrimos que la carne de morsa no es adecuada para una barbacoa, así que volvemos a coger el sueño, más informadas pero también más cansadas.

¡ZAS!

Lo que faltaba: el tradicional hurto del edredón se ha producido también esta noche. Gregorio se ha enrollado en él y nos muestra orgulloso su tercera y pirotécnica transformación: el rollito de primavera. *Ahola nosotlas quisiélamos apuñalalo con estlema clueldad*.

Tras esto, agotadas las parodias de los Transformers, Gregorio sigue dormido como un tronco.

Nosotras, en cambio, a estas alturas inconsolablemente despiertas, soñamos con los ojos abiertos en la cuarta transformación: de Gregorio a Mr. Grey, al menos cuando duerme.

Sombra n.º 20

LOS JURAMENTOS

Mr. Grey jura que antes de encontrar a Anastasia no había dormido nunca con una mujer. También Gregorio jura que nunca ha dormido mientras estaba en la cama con una mujer.

Sombra n.º 21

EL *KAMA SUTRA*

Reconozcámoslo: mover a una mujer de unos cincuenta o sesenta kilos no es precisamente como mover un palillo del Mikado. Sin embargo, Mr. Grey logra poner a su amada en al menos cincuenta posturas distintas sin que ella se enrede indisolublemente consigo misma. Encima, debajo, a la derecha, a la izquierda, en diagonal, del lado de la ventana, del lado del pasillo, zona fumadores, con vistas al mar, con vistas a las montañas, en la madriguera del conejo, nuestro amante de confianza hace y deshace sin que la gravedad ni las leyes físicas parezcan afectarle.

Nuestro Gregorio, en cambio, no consigue precisamente poner a su Lola en todas las posturas del mundo moviéndola con un dedo como si fuera la flechita del ratón.

Por ejemplo: él está debajo y ella está arriba. Entonces, a Gregorio le entran ganas de ejercer de macho alfa y quiere ponerse encima. Pero, ¡ay!, Gregorio y Lola no forman un bloque único y compacto al que pueda dársele la vuelta sin disolver el abrazo. No son precisamente trapecistas que giran en el aire.

Así que Gregorio, firmemente decidido a ponerse arriba, empieza a inclinarse hacia la derecha como una nave que hace aguas, esperando que la Lola comprenda sus intenciones y lo siga en su golpe de timón a estribor. Pero ella, para no perder el equilibrio, compensa desplazando el peso hacia la izquierda. Gregorio se pone nervioso y da un fuerte empujón en la dirección opuesta. Sin tener en cuenta que el perno (por llamarlo de algún modo) sobre el que descansa Lola no está preparado para estos cambios de inclinación y corre el riesgo de desensamblarse limpiamente como la quilla de la nave. Sólo nos falta encontrar un iceberg y ya la tendremos armada.

No obstante, al final, Lola lo entiende y, llena de sentido común, pregunta: «¿Quieres ponerte encima tú?»

«Pues sí», confirma Gregorio, que, sin embargo, quería hacerse entender sin subtítulos.

La vida gris está llena de compromisos.

Otro ejemplo: esta vez Lola está debajo, en posición supina. Gregorio está encima, obviamente en posición prona, de lo contrario sería Houdini y no un Gregorio cualquiera. Bien. A Gregorio se le ocurre ahora que quisiera acceder a los encantos de su amor emulando el coito de los ovinos. Estupendo. Entonces trata de poner a Lola boca abajo, pero la verdad es que se le presenta un problema logístico más bien serio: si el perno está insertado, a la Lola le es imposible volverse. Sería una pena, no lo quiera Dios, que el perno se tronchase.

La situación está ligeramente estancada. ¿Qué haría Mr. Grey?

Gregorio corre a consultar el libro. Luego, mientras corre, se da cuenta de que se ha dejado a Lola en la cama y de que, obviamente, se ha llevado el perno consigo. Por lo tanto, como el perno no representa ya un obstáculo para la nueva posición, Gregorio vuelve con Lola y le dedica un sensual e incitante balido. Ella comprende al vuelo su lenguaje de granja y comienza, festiva, a acariciar el colchón, con gran alegría de Gregorio, que en seguida se aprovecha de ello. Mientras tanto, da mentalmente las gracias a su maestra de primaria, que un lejano día le había dicho: «En los libros están las respuestas a todas las preguntas.»

¡Vaya!, ¿sin leerlos siquiera?

Sombra n.º 22

LAS PALABRAS DEL SEXO

Durante el coito, Mr. Grey tranquiliza y excita a su amada susurrándole sin parar que es preciosa.

Durante el coito, Gregorio se tranquiliza a sí mismo enumerando mentalmente una serie de palabras irrepetibles con el fin de excitarse como un babuino.

Sombra n.º 23

LAS BUENAS NOCHES

Cuando Mr. Grey y Gregorio se van a dormir, hay importantes diferencias en la manera en que actúan. Veamos en directo lo que hacen y comparémoslos.

Mr. Grey se deshace sensualmente el nudo de la corbata de seda al tiempo que el cuello desprovisto de mentón se yergue escultural y, si se quiere, incluso un poquitín fálico. La camisa de lino blanco está perfectamente planchada (a pesar de que el lino sea el tejido que más se

arruga de toda la Tierra) y un par de poderosos pectorales asoman entre los botones que él desabrocha uno a uno.

El *señor* Gregorio se quita con alivio los pantalones, mostrando las pantorrillas, que sólo tienen pelo en algunas zonas (a los comunes Gregorios, los pantalones, al rozar repetidamente las piernas, les provocan este inquietante efecto de piel de cebra). A continuación, en un momento de hilaridad, Gregorito se quita los calcetines y se los cuelga de las orejas, imitando a un alegre cocker spaniel. ¡Puaj!

Mr. Grey se quita los pantalones con un solo y fluido movimiento. Los calcetines y los zapatos, en cambio, no precisa quitárselos porque de costumbre se le desmaterializan así, sin necesidad de intervención humana.

Bello como un dios griego, el irresistible Mr. Grey se dirige hacia el cuarto de baño haciéndole a su amada un sugerente gesto con sus ojos gris pizarra.

Gregorio se desnuda por completo en un único movimiento que consiste en lanzar las prendas al suelo. El cesto de la ropa sucia se encuentra sólo a unos pocos, míseros, metros de distancia, pero él no lo considera digno de acoger sus atavíos.

Después, se encamina al baño, donde se luce en un concierto para hilo dental, cepillo y colutorio.

Los aplausos posteriores a la interpretación musical no se deben al entusiasmo y al batir de las manos de posibles espectadores presa del delirio, sino a un torrente de pedos con los que él mismo celebra el éxito de su espectáculo.

Mr. Grey sale del cuarto de baño, donde, además, acaba de copular salvajemente con su chica, y se tiende sobre la cama: desnudo, perfumado y saturado de testosterona hasta la punta de los pelos, que siguen creciéndole en abundancia. Allí, espera a que llegue su amada y, entretanto, prepara en su honor una tienda de campaña con la sábana, que sostiene en alto con un palito suyo personal.

Gregorio sale del baño. Se ha puesto la camiseta amarillo canario que le han regalado en el taller del coche y se desliza bajo las sábanas junto con el último número de *Motociclismo*. Allí, espera a que llegue Lola y, mientras tanto, también él prepara una tienda de campaña, porque a Gregorio las motos le provocan esa reacción.

Sombra n.º 24

EL SADOMASOQUISMO

—Gregorio, cariño, ¿te apetece hacer esta noche algo un poco distinto de lo habitual? —propone maliciosa Lola, que acaba de leer las cosas deliciosamente tremendas que Mr. Grey le hace a su chica.

—Ajá. ¿Como qué?

—Pues como que me haces algo que me asuste un poco.

—¿Por qué? ¿Tienes hipo? Espera: ¡buh! Ya está. ¿Se te ha pasado?

—Pero ¿estás de broma o simplemente es que eres tonto? A ver si lo entiendo.

—¿Eh?

—Muy bien. Como si no hubiera dicho nada.

Y sin embargo, de un modo u otro, se ponen a practicar sexo extremo y el ambiente se calienta bastante.

—¡Ay! —aúlla Lola de pronto.

—Mmm, te gusta, ¿eh? —gruñe Gregorio.

—Quita. El. Codo. De. Mi. Pelo —grita furiosa Lola, que se está dejando el cuero cabelludo por culpa del brazo de Gregorio, torpemente apoyado sobre el colchón y sobre sus largos cabellos, que ella a propósito ha abandonado y esparcido con sensualidad sobre la cama.

Algunos minutos después, superado el *impasse*, Gregorio susurra con voz ronca:

—¿Ahora te ato las manos?

Lola se estremece de pies a cabeza mientras se imagina la escena a lo Grey: Gregorio coge su corbata de seda gris (la de la boda) y agarra con fuerza la tela con sus masculinos dedos, gimiendo como un dromedario. Después, ata con delicadeza, pero con un resabio de crueldad, las muñecas lolescas.

—Uhhh —suspira Lola, cachonda.

—Ahhh —contrasuspira Gregorio, hecho un auténtico jabalí.

Ahora, los dedos de Lola tratan de tocar la seda que la tiene presa para gozar de la sensual caricia de la tela en las yemas de los dedos. Pero dichas yemas encuentran un par de pequeños elásticos de goma. «¿Qué? —se pregunta Lola—. Al tacto me recuerdan los elásticos de los calcetines raídos de Gregorio. Noooo, no me digas que ese imbécil me ha atado con uno de sus jodidísimos calcetines...»

—Bueno, Lola, es que la corbata luego se estropea, venga…

Mr. Grey habría usado la corbata, Mr. Grey no habría apoyado con torpeza el codo sobre los cabellos de su amada, Mr. Grey habría comprendido al vuelo que los cachetes eran para añadirle morbo al asunto y no para quitarle el hipo a su amada.

Pero con Mr. Grey Lola no se habría reído hasta las lágrimas como se ha reído con Gregorio.

—Gregorio, me has hecho llorar —dice Lola, sorbiendo los mocos.

—El *sadonaso* es mi oficio, muñeca.

Sombra n.º 25

EL *BONDAGE*

A Mr. Grey le encanta atar a su amor a la cama para sentir que tiene el mando. A Gregorio le gusta amarrarse él mismo al sofá para sentir que tiene… el mando a distancia.

Sombra n.º 26

EL USO DEL PRESERVATIVO

El Mr. Grey literario, políticamente correcto hasta los huesos, usa el preservativo en cada ocasión que se presenta.

Como es natural, se pone el preservativo como si fuera una prenda de Armani, y las maniobras con que su amada se lo pone son también muy desenvueltas. Toda la ceremonia de vestir a la real pilila no requiere más de un par de segundos.

Es más: como Grey es un tipito, digamos, previsor, dispone de una caja de preservativos en cada bolsillo. Ni que fuera un canguro…

Gregorio, a quien ponerse todo ese látex le toca los cataplines, es, a todas luces, menos hábil. Además, esconde los preservativos bajo un listón del parquet, costumbre que adquirió en la adolescencia, vivida con una madre muy entrometida. Por ello, cuando en el momento cumbre es necesario echar mano de uno, tarda más en volver en acción que si hubiera bajado a llamar a un locutorio.

Después, una vez controlada la situación, Gregorio trata de abrir el preservativo. El ejemplo ilustre de Mr. Grey le anima a utilizar los dientes para rasgar con viril entusiasmo la bolsita, pero entre el decir y el hacer hay un mar de saliva que, con los nervios, se derrama sobre el envoltorio y lo deja resbaladizo y viscoso como un pez globo.

Pero Gregorio no es de los que se rinden frente a la primera dificultad, así que, en primer lugar, seca la bolsita con el secador de pelo y después la destripa: por fin, el preservativo está listo para usarlo. Lo que está un poco menos listo, a estas alturas, es el pene gregoriesco, que ha aprovechado la espera para echarse un sueñecito.

Despertado por las sabias manos de Lola, nuestro vengador calvo está listo para colocarse en la chaveta desnuda un gorro de pitufo. El problema es que, por cuestiones de espacio, esos gorritos frigios los venden enrollados en forma de rosquilla, y nunca se sabe por qué lado hay que desplegarlos.

Sin embargo, tras un par de intentos cada cosa está en su sitio, y la rosquilla, ejem, tiene su agujero.

Hay que señalar que, a estas alturas, el pene ya está tan sobeteado que ha adquirido una leve tonalidad azulada, lo que le hace parecerse, por el color, a Papá Pitufo. Pero lo consideraremos una garantía de experiencia y liderazgo que lo vuelve todo más excitante.

Sombra n.º 27

EL CONTACTO FÍSICO

Una de las características más inquietantes y preocupantes de Mr. Grey es que no quiere que le toquen jamás en el pecho, en la espalda y en otras partes del cuerpo (bueno, no, *ahí* sí puedes tocarlo; si no, adiós bestseller). ¿Quizá en la infancia le sucedió algo horrible y por eso tiene semejante trauma?

¿Y Gregorio? ¿Cómo reacciona al contacto físico?

Aquí tenéis una pequeña dramatización doméstica que nos revela, sin hipocresías, que el macho medio también padece el trauma de Grey.

Interiores, de noche. Una luz tenue vela y desvela los cuerpos desnudos de Gregorio y de su Lola.

Ella, que es extremadamente creativa, comienza a trazar con los dedos dulces arabescos sobre el pecho velloso de Gregorio mientras le susurra encantadora:

—Habíase una vez una hormiguita que se aventuraba, con su hermoso culito hacia arriba, en un bosque muy oscuuuro. Camina que caminarás —y aquí Lola desplaza maliciosamente la mano hacia abajo, allí donde el bosquecillo de Gregorio se hace más denso—, la hormiguita, ¡pataplaf!, tropezó con una gruesa raíz.

«Sigue ahí y se volverá aún más gruesa», piensa Gregorio.

—Pero la dulce hormiguita quería ver mundo, así que con sus antenitas —aquí Lola levanta los dedos índice y corazón para imitar las antenas de su emisaria— buscó nuevos territorios que explorar.

«Nooo, joder, quédate ahí, ¿adónde vas? ¿Te has vuelto loca?», dice Gregorio para sus adentros.

—De este modo, Hormy recorrió el bosquecillo y, para ir más de prisa, se calzó un bonito par de patines de ruedas. ¡Brrrum!, se deslizaba la hormiguita por el terreno cubierto de agujas de pino.

«Grrrr, sólo faltaban los patines de ruedas. Coño, Lola, ve al grano y déjate ya de gilipolleces», querría decir Gregorio.

—Camina que caminarás o, mejor dicho, patina que patinarás, el animalito llega a un pequeño cráter, formado tal vez por la caída, ¡buuum!, de un meteorito. «¡Uhhh! Qué sitio tan ideal para esconderse», piensa la hormiga —dice Lola metiendo el meñique en el ombligo de Gregorio, que está empezando a odiarla un poquitín—. Pero un oso hormiguero, grande y cruel, se aproximó al agujerito donde se había escondido la pobre hormiga. «Jo, jo, jo, aquí hay manduca de la buena», dijo el depredador de larga lengua.

Y Lola le introduce la lengua en el ombligo y, ¡slurp!, absorbe a la hormiga imaginaria.

«Chupa la hormiga gorda, Lola, como una buena chica. Y venga ya, que jo, jo, jo lo hace Papá Noel, no el oso hormiguero. Eres imprecisa, además de pesadita», sigue pensando Gregorio.

—Pero la pequeña y valiente hormiguita logró escapar de las fauces del malvado —aquí Gregorio no puede evitar bostezar— y, para recuperarse del susto, se encaminó hacia un maravilloso laguito azul.

«Nooo, la hormiguita en los ojos nooo», piensa Gregorio.

—Lola, detente ahora mismo —la interrumpe—, tengo que confesarte una cosa: de pequeño, una hormiga me apagó cigarrillos en el cuerpo, por todas partes menos en la pilila. Así que tengo un trauma tremendo y sólo puedes tocarme ahí. El resto está todo vedado. Luego, si quieres, escribes una trilogía al respecto, pero ahora, por favor, no divagues.

Sombra n.º 28

LA ERECCIÓN PERENNE

Príapo, divinidad mitológica griega y romana, era conocido por su pene de enormes dimensiones. De ahí deriva el término «priapismo», una grave patología que provoca en el pene una erección continua.

Se diría que Mr. Grey, pobrecito, está aquejado de este mal. De hecho, su plátano está siempre dispuesto a chingar duramente y, tomad nota, jamás se presenta en forma de puré.

Es más: tras haberse ejercitado en abundancia, para recuperar la rigidez de un plátano congelado le bastan poquísimos minutos.

¿Y Gregorio?

Bueeeno, Gregorio afirmará que se trata de una cuestión de matices: entre plátano congelado y puré de plátano hay términos medios, ¿no?

Humm. Digamos que quizá el tamaño sea cuestión de opiniones, pero la consistencia no tanto. Sin lugar a dudas, un pene de las dimensiones de una cerilla no enciende grandes fuegos, y jugar al escondite es un poco su pasión: te estás quedando helado, frío, frío, caliente, ¡que te quemas! Un pene grande como una antorcha olímpica, en cambio, provoca un incendio tal que después son precisos tres días de maratón con crema de caléndula para apagarlo.

Por lo que respecta a la consistencia, sin embargo, la cosa está mucho más clara.

Es cierto que un pene tierno como un hámster dormido inspira sentimientos maternales, pero para llegar a tener estos impulsos hacen falta nueve meses y varios preservativos agujereados por accidente.

La consistencia de la pilila del Gregorio medio varía en función del humor, de la cantidad de alcohol metabolizado y de otros matices. Lo tranquilizador es que —eh, Mr. Grey, escucha— a menudo, al principio de la relación, que la pilila no se levante ni con una grúa significa que el chico está perdidamente enamorado. Si por el contrario la novia no le importa gran cosa, el dulce fruto echa chispas.

¡Ah! Una última cosa: ¿por qué Grey y su amada se corren siempre a la vez? ¿Es eso posible? ¡Venga ya!

¿Es que juegan a piedra, papel o tijera?

«¿Piedra, papel o tijera?» Y los dos a la vez: «¡Tijera!»

Sombra n.º 29

LAS FUENTES DE INSPIRACIÓN

Durante el sexo, Mr. Grey se inspira probablemente en los grandes dominadores de la historia. Gregorio, en cambio, se inspira sobre todo en Pipino el Breve.

Sombra n.º 30

EL SEXO ORAL

La novia de Mr. Grey, que por lo visto es aún una ingenua niña a la venerable edad de veintiún años, en su primer examen, ejem, *oral*, saca un diez. Bueno. O el maestro Grey es un tipo fácil de complacer, o la novia había hecho exámenes de ésos a decenas, o nos hallamos frente a una invención literaria. Aaah, claro.

Porque, como pueden certificar todos los Gregorios de mundo, una felación no es algo que se improvise sobre la marcha (o sobre las rodillas). Y, en tal caso, la única explicación posible es que Grey tiene poderes paranormales, telepáticos, telequinéticos mayores que los de Uri Geller o los del mago Zurlì, y que es capaz de transmitir todo un manual de instrucciones con la mente.

Veamos ahora, en el mundo de las sombras de Gregorio, qué sucede realmente la primera vez que una señorita se aplica en una sesión de estimulación oral del pene.

Gregorio le está acariciando amorosamente el pelo a Lola. Lo extraño, piensa ella, es que se lo acaricia como si tuviera que clavárselo en el cráneo (¡ups!).

Pero ¿por qué le pesa tanto la mano a Gregorio?

Entonces, la diosa interior de Lola le susurra suavemente: «Eh, pssst. Baja la cabecita.»

«Ah, ¿es que Gregorio quiere eso?»

«Pues sí.»

Y Lola, diligente, se arrima a la pililа del maromo.

Al agachar la cabeza, sus cabellos crean una simpática cabaña que les impide verse entre ellos. «Mejor así», piensa Lola, un poco cohibida; en esa cabaña se siente segura. Pero Gregorio, con gesto viril, le coge el pelo y se lo levanta. Lola se siente un poco como la cabeza del tío aquel sobre la bandeja de Salomé. «Y además —se dice—, ¿no me verá la papada desde esta posición?»

Ahora, Lola y la pililа gregoriesca se encuentran frente a frente, bajo los ojos atentos del propietario legítimo del banano.

«¿Y ahora?», se pregunta Lola.

«Y ahora, haz como si fuera un helado, Lola», interviene la diosa interior.

«Sí, pero a mí, por ejemplo, el pistacho no me gusta.»

«¡Coño, Lola!», espeta la diosa de manera nada divina.

Lola lame, pero el sabor no se parece para nada al pistacho, ni a los demás sabores de la heladería de debajo de casa.

«Ahhh», prorrumpe Gregorio.

Lola, alentada por los gemidos, sigue tomándose el helado durante unos buenos cinco minutos. Luego, el helado empieza a deshacerse o, mejor dicho, a ablandarse.

«Eh, Lola, no puedes limitarte a lamerlo para siempre», dice la diosa.

«¿Ah, no? ¿Y qué debo hacer?»

La respuesta llega de las alturas: no de la diosa ni del Olimpo, sino de la mano de Gregorio, que, un tanto exasperado, empuja la cabeza de Lola hacia abajo.

«Dios mío, ¿tengo que metérmelo en la boca?», le pregunta Lola a la diosa.

«Venga, mujer», responde su divinidad, que está impaciente por irse de rebajas.

Lola procede, aunque —«Ahhh»— la alfombra de coco le está despellejando las rodillas hasta el hueso. «Ahhh», suelta también Gregorio, que agradece las arremetidas de Lola, además del suspiro.

«Venga, Lola, dale, muévete, que tengo que salir», la incita la diosa.

«Sí, pero, diosa, ¿qué ritmo debo llevar? Y los dientes, ¿dónde los pongo? Que no quiero hacerle daño a mi Gregorio, ¿eh? ¿Y con la lengua qué hago? ¿Y si me entran ganas de vomitar? Porque en el dentista, una vez que me puso aquella cosa gomosa para sacarme el molde de la boca, un poco más y vomito incluso el pavo de las Navidades del 93. ¿Eh, diosa?»

«Ahhhhhhh», se desborda de improviso Gregorio. Y luego comenta: «Buena chica, Lola, te mereces un diez.»

Sorpresa: Gregorio es tan mentiroso como Mr. Grey.

Sombra n.º 31

LOS E-MAILS

El intercambio de correos electrónicos entre Mr. Grey y su novia es siempre brillante, irónico, cariñoso. Es un cortejo telemático sublime, una escaramuza amorosa llena de efectivos golpes de teatro, cada uno más fascinante que el anterior.

En la pantalla del Mac o de la BlackBerry, las palabras discurren frescas y argentinas como un arroyo de montaña, tórridas y envolventes como el sensual viento del Sahara, o crujientes como una bolsa de palomitas durante un espectáculo de cabaret. Jamás una palabrita fuera de lugar, una frasecilla banal, un anuncio ligeramente chapucero.

Es más: esté haciendo lo que esté haciendo, Mr. Grey, que, con todo, es administrador delegado de una empresa inmensa, encuentra tiempo para contestar a su amada de modo minucioso y veloz.

Excusas como «Estoy reunido», «Estoy con un cliente», «Estoy en el urólogo, que me está metiendo el dedo en el culo» no aparecen jamás en el repertorio de nuestro galante hombre de negocios.

Y los e-mails entre un Gregorio corriente y su enamorada, ¿cómo son?

De: Gregorio

Para: Lola

Fecha: 5 de julio de 2012, 19.25 h

Asunto: Esta noche

Lola, ¿vas tú a por el pan para esta noche?

De: Lola

Para: Gregorio

Fecha: 5 de julio 2012, 19.26 h

Asunto: Re: Esta noche

¿Por qué? ¿Las demás veces quién cojones ha ido a cogerlo?

Nótese el sutil erotismo que se oculta tanto en el objeto alusivo y prometedor («Esta noche») como en el empleo de las palabras «coger» y «cojones», tan próximas la una a la otra como para crear un cortocircuito erótico irresistible.

Por otra parte, es evidente incluso para los más ingenuos que la palabra «pan», si le cambiamos la vocal y le añadimos otra, evocaría de forma más que descarada el miembro masculino. Por no hablar, además, de las implicaciones simbólicas y psicoanalíticas del pan entendido como materia sensual que amasar, hacer crecer bajo las manos sabias de uno, etcétera, etcétera, etcétera. ¿O no?

Sombra n.º 32

LA PROTECCIÓN

Un poco como en aquella canción de Battiato que hizo que miles de mujeres se enamoraran de él *(La cura)*, Mr. Grey es un experto a la hora de cuidar de su amada. Y nosotras, si nos lo creemos, somos expertas en ciencia ficción.

La primera vez que la protege, con su amor en parte viril y en parte paternal, es cuando ella, borracha como una cuba, está vomitando hasta la primera papilla en una fiesta. Él, el Grey literario, acude en su ayuda materializándose mágicamente en el lugar preciso y en el momento adecuado.

Y allí, en vez de darse a la fuga ante el horripilante espectáculo de una mujer envuelta en vómitos verdes que escupe marcianitos muertos, le sostiene devotamente la frente, la atiende con dulzura e incluso la lleva a casa, la desnuda (pero no del todo), y la mete en la cama sin que ni siquiera se le pase por la cabeza aprovecharse de su virtud.

Y aún hay más: en otras mil ocasiones, esparcidas como ramos de nomeolvides por toda la trilogía, Mr. Grey aparece sin falta allí donde se necesita a un hombre fuerte, resuelto, decidido y enamorado. Él sí que sabe cómo tranquilizar a su amada diciéndole siempre la cosa más oportuna, más dulce y más sexy.

¿Y Gregorio?

Durante los primeros tiempos del cortejo, Gregorio se luce a menudo en hazañas galantes: por ejemplo, emulando al ilustre modelo literario, se quita la chaqueta y nos la echa sobre los hombros cuando hace mucho frío, para, al cabo de un par de años de convivencia, lanzarnos directo a las cervicales el chorro del aire acondicionado a una temperatura que dejaría fuera de combate a una foca en el Polo Norte.

Digamos que la protección a lo Grey no es precisamente la especialidad de Gregorio.

Si me permitís una anécdota personal, recuerdo (con amor e inmensas carcajadas) una vez, hace tiempo, que me encontraba en el suelo, víctima de un pequeño desmayo por hipotensión. Estaba pálida y tenía sudores fríos. Mi Gregorio entró en la habitación, me cogió la mano y, como sólo un auténtico Mr. Grey sabe hacer, me tranquilizó diciéndome: «Uy, tienes las manos tan frías como mi abuela cuando se murió.»

Para muestra, un botón.

Sombra n.º 33

EL CONTRATO

El Mr. Grey literario no tiene relaciones sexuales con su amada hasta que ésta ha firmado un excitante contrato erótico que pone negro sobre blanco (y sobre rojo) las deliciosas perversiones que tiene intención de hacer con ella.

Gregorio no tiene relaciones sexuales con su amada hasta que ésta ha firmado un tranquilizador contrato en el que le garantiza negro sobre blanco que no le pedirá una suma desorbitada como pensión alimenticia en caso de divorcio.

Sombra n.º 34

LA HABITACIÓN ROJA

La habitación roja, en casa de Mr. Grey, es un suntuoso salón maravillosamente amueblado donde, imaginamos, preciosos candelabros de plata sostienen falos de cera, donde las cortinas de seda están recogidas con látigos de cuero, donde cada gato tiene nueve lujosísimas colas. En la habitación roja, el pérfido y adorable Grey vuelve loca a su amada al son de devotos cachetes y otras amenidades inspiradas en el marqués de Sade.

Pero ¿tiene Gregorio una habitación roja?

Claro que sí. En esa habitación, tortura a su amor de mil diabólicas maneras hasta hacerla gritar y perder la chaveta. Ya quisiera Mr. Grey conseguir algo así…

La estancia en cuestión está llena de objetos para martirizar a quien la comparte con él. Veamos algunos, y os rogamos que nos disculpéis si la cruda descripción os causa un comprensible malestar o una excitación sexual excesiva.

La pastilla de jabón puercoespín

Instrumento de tortura que está cayendo en desuso tras la llegada del jabón líquido. Sin embargo, es un clásico del sadismo, así que no podemos dejar de mencionarlo. La creación, absolutamente artesana, es obra de Gregorio en persona, quien, cuando se afeita, hinca uno a uno sus pelos en la pastilla de jabón hasta que ésta acaba convertida en una especie de erizo o acerico. Cuando Lola la ve, chilla y se flagela los muslos.

El cepillo de dientes zombi

Aterrador artefacto gregoriesco que, como los muertos vivientes, lleva incrustaciones orgánicas e inorgánicas de diverso origen. Capas y capas de dentífrico constituyen terreno abonado para un escuadrón de bacterias y alguna que otra hoja de rúcula escapada de un incisivo. Cuando Lola ve el cepillo de dientes zombi, cae al suelo entre espasmos presa de rabia y de dolor.

La tapa abierta

El clásico de los clásicos, un eterno favorito, como un abrigo Loden. Gregorio, que sabe cómo excitar a su chica, se acuerda siempre de dejar levantada la tapa del váter, y se cuida mucho de no cerrarla jamás. Como en una tumba profanada, la lápida se yergue blanca y espectral, dejando entrever a veces la momia de algún gilipollas.

El gas de la risa

Los manuales de erotismo aconsejan pulverizar aceite de ylang-ylang, un potente afrodisíaco, en el lugar que visitará la amada. Se dice que también el marisco tiene este mismo efecto, aunque el spray de ostra para pulverizar en el ambiente no se encuentra en el mercado por razones que no alcanzamos a comprender. Pero Gregorio, hombre de mil y refinados recursos eróticos, a falta de ylang-ylang o de marisco, libera un gas de producción propia cuyos efectos son igualmente embriagadores. Al entrar en la habitación, a Lola le da un ataque de histeria —

«histeria» deriva de *hysteron*, «útero», así que no nos desviamos del tema— y, mientras se dirige contoneándose hacia la ventana, se desploma en el suelo riendo como una hiena.

Sombra n.º 35

LAS COMPRAS

Hay una cosa en la que Mr. Grey es todo un ejemplo que imitar: él no acompaña *jamás* a su amor cuando va de compras. El muy listo subcontrata esta temible tarea a un *personal shopper* de confianza, que compra las prendas y se aburre en su lugar. Un auténtico genio del mal, este Mr. Grey.

Gregorio, en cambio, sobre todo en esos dos períodos del año que marcan la catástrofe emotiva y el colapso físico (las rebajas), acompaña a Lola a la caza de ocasiones. Lo hace sólo porque le cuesta menos esfuerzo ir que decirle que no. Error imperdonable, superficialidad perniciosa. Porque Gregorio olvida que su papel no es sólo el de acompañante (y, por lo tanto, el de chófer), ni en último término el de ser quien paga (y, por lo tanto, el de cajero automático), sino sobre todo el de consejero. Un consejero que sepa no sólo decir esto sí, esto no, sino que sea capaz de justificar de manera convincente sus decisiones. Sin embargo, al dar su opinión, debe tener el juicio de evitar frases poco afortunadas como «Esto no, porque se ve que tienes los brazos fofos», «Esto no, porque se te ven las rodillas de pan de molde» o «Esto no, porque hace que parezcas la hermana tonta de la abeja Maya».

La fórmula mágica, siempre y en todo caso, debe ser: «Esto no, porque no realza bastante tus encantos.» Pero la fórmula se le olvida, como también se le olvida que había jurado solemnemente que no volvería a ir nunca más de compras con Lola.

Así, en julio y en enero, o al principio de cada temporada en los *outlets*, vemos flotas de Gregorios que siguen a sus Lolas como chuchos deprimidos con correa, aullando aburridos y levantando de vez en cuando la pata para hacer pipí en algún probador sólo para acordarse de que son machos. A veces tratan de mear también en las piernas de alguna dependienta procaz, simplemente para marcar el territorio, pero lo único que consiguen es un golpe de periódico en la nariz.

Además, los pobrecillos no saben que lo peor está por llegar. Una vez de vuelta en casa cargadas con bolsas de todo tipo, las Lolas tienen que volver a probarse todos los vestidos, zapatos, bolsos y gafas. Porque, ya se sabe, el espejo de casa es mucho más sincero que el de las tiendas. Y ahora se dejan arrastrar por un ataque de nervios porque se ven demasiado

gordas, demasiado flacas, demasiado altas, demasiado bajas, demasiado rubias, demasiado morenas, demasiado todo, y nada les parece bien.

Los Gregorios asisten angustiados al desmoronamiento, y tratan de llegar a hurtadillas al salón y a su correspondiente televisor avanzando de lado con pasitos cortos mientras silban como si la cosa no fuera con ellos, pero en seguida los pillan, los hacen volver a su puesto y los pegan a la silla con pegamento Imedio.

Si hubieran leído la célebre trilogía, se habrían ahorrado todos estos contratiempos.

Aún estáis a tiempo de leerla, Gregorios de todo el mundo.

Son unos tochos de quinientas páginas cada uno, pero vale la pena.

Sombra n.º 36

LA FAMILIA

Un hombre huérfano y sin hijos, aunque no quede bien decirlo, es el sueño de toda mujer en edad casadera. Nada de suegras a las que poner freno, nada de hijos ajenos que cuidar. Y Mr. Grey, mira por dónde, cumple todos estos requisitos. Aparte del puñado insignificante de ex novias a las que se las hizo pasar canutas en la habitación roja, el pobre infeliz está prácticamente solo en el mundo.

En cambio, en la inmensa mayoría de los casos, el Gregorio común no lo está en absoluto. Su madre irrumpe en todos los rincones de la casa, vestida al mismo tiempo de niñera, consejera matrimonial, limpiadora de manchas de los pantalones, y experta en cortinas y en cualquier cosa que tenga que ver con el mobiliario. Sin embargo, uno de sus disfraces más logrados es el de berenjenas al gratén: oculta en un *tupper*, se introduce en secreto, como un tomatito, en el congelador de su hijo y, desde allí, comienza su marcha de cosaca a la conquista de la estepa. Resopla, tropieza, cae rodando, pero al final pasa por encima de la postrera empanadilla e invade la cocina hasta la última baldosa. De ahí al dormitorio no hay más que un segundo.

¿Y los niños? Sí, porque un Gregorio que ya no tiene veinte años puede incluso haber estado casado y haberse divorciado, no sin antes haber traído al mundo a un par de mocosos que tal vez vivan con él una semana sí, una semana no.

Por lo general, los gregorietes acogen a la nueva novia de su papá tan repletos de entusiasmo, tal vez contagiados del mismo entusiasmo de su madre, que llenan a Lola de regalos: una rana en el cajón de las braguitas, un par de raspas de lenguado entre las pashminas, una raja de

sandía en el bolso… Incluso, con devoción casi filial, le esconden el iPhone en la bandeja higiénica del gato o convierten su café en la piscina de las moscas.

La ex mujer de Gregorio, entretanto, feliz de que el padre de sus hijos haya sentado por fin la cabeza con una buena chica, se ocupa con afecto fraternal de que no se le suban los humos insultándola ferozmente a diario.

Pero la alegre panda que acompaña a Gregorio no termina aquí. De hecho, dispone de un abundante catálogo de parientes: hermanos, ex cuñados, tíos y primos que llaman sin falta a Lola en nombre de la ex para dejarle bien claro que la consideran parte de la familia.

Sombra n.º 37

EL ORGASMO

Dicen que el inefable Mr. Grey logra provocarle un orgasmo a su chica solamente con estimularle los pezones. Bueno, sobre todo si los pezones estimulados son los de ella en concreto, no es algo imposible de conseguir, pero digamos que es más bien poco frecuente entre las mujeres normales y corrientes.

De todos modos, gracias a los pezones y a otras zonas erógenas que también le gusta excitar, Mr. Grey siempre logra su objetivo.

Bravo, muchacho.

¿Y Gregorio? Bueno, algunos se las apañan razonablemente bien, pero otros son realmente negados. Lo que pasa es, en parte, que les faltan los conocimientos básicos, en parte, que no saben crear el ambiente adecuado y, en parte, que creen que los preliminares sirven para que los equipos de fútbol se clasifiquen en la Champions League.

Estos Gregorios, a causa de su original forma de ver el cuerpo femenino, piensan que para contentar a Lola basta sacar la pilila e introducirla allí donde sugiere la naturaleza (luego quizá la naturaleza sugiera también algunas alternativas, pero ésa es otra historia). «Vuela, Lola» es, de hecho, el mantra que recitan los Gregorios, y a veces incluso lo cantan con la melodía de *Va, pensiero*,[1] para procurarle a su amada un orgasmo que toda la platea debería aplaudir.

Vuela, pensamiento, sobre alas doradas.

Vuela, pósate en las praderas, en las colinas,

donde exhalan su fragancia, tibios y suaves,

los aires dulces de la tierra natal.[2]

O bien, pasando bruscamente de la ópera a los dichos populares, tenemos también la clásica expresión amorosa: «Lola, ven *pacá* que te dé un meneo» (Lola, acércate mucho que quiero gozar de ti), que logra excitar a la amada hasta tal punto que le provoca un orgasmo incluso antes de haberla tocado. Hay quien no se atreve a pronunciarlo por pudor o por no parecer excéntrico, pero todo Gregorio lo piensa para sus adentros mientras anticipa esos sesenta segundos de sofisticado erotismo que pasará con su Lola. De nada valen los TomTom conectados a la pilila de Gregorio para localizar el punto G, y de nada vale que el director de la película le indique por los auriculares dónde está el clítoris: nuestro hombre va directo a la meta, sin paradas inútiles ni desviaciones. Como máximo, si le parece que anda un poco escaso de carburante, se para a repostar.

Sombra n.º 38

LA CONDUCCIÓN

Mr. Grey conduce los juegos eróticos para provocarle a su hembra orgasmos múltiples. Gregorio conduce un Multipla.

Sombra n.º 39

LA CASA

Según se cuenta en los libros que protagoniza, Mr. Grey gana alrededor de cien mil dólares a la hora. Cien mil. Es decir, que cada hora podría comprarse un piso de una habitación, por poner un ejemplo. Y, de hecho, siempre por poner un ejemplo, vive en una casa de fábula en la que si entrara Pulgarcito, en lugar de miguitas de pan tendría que ir tirando pizzas.

En cambio, casa Gregorio, qué coincidencia, tiene unos sesenta metros cuadrados, con un solo baño, dos pequeños dormitorios y un salón escuálido con cocina americana. Metamos dentro una Lola, dos niños y un perro, sólo para ver qué sucede.

Efecto matutino: despertador a las seis y media, lucha hasta la última gota de sangre por apropiarse del cuarto de baño, planchas para el pelo disputadas con uñas y dientes, aullidos como *«Joderestardísimo»* que resuenan por todos lados mientras el perro maúlla por puro espíritu de contradicción. Después, carrera de obstáculos hacia la salida, pasando por encima de ropa interior de diversa pertenencia abandonada por el suelo, salto carpado del albornoz que alguien ha dejado goteando encima de la cama, tropiezo funesto con la sandalia de plataforma, refriega colectiva y mandamiento general a tomar por culo con lanzamiento de bolitas de pienso para perros al interior de las orejas del pobre chucho.

Luego todos salen y no se hable más hasta el anochecer.

Efecto noche: no hay nada preparado para comer, Lola se afana con las sartenes y suelta blasfemias mientras Gregorio y los niños compiten para ver quién deja más migas en el sofá durante el Campeonato de Picoteo. En el preciso momento en que Lola cuela la pasta, suena el teléfono: es una tía que propone la imprescindible adquisición de un trinchapollos con toma USB incorporada. Mientras tanto, el perro pide a los vecinos que lo adopten dejando una caca en forma de corazón en su felpudo.

Después, por fin, cada uno se dedica a su actividad preferida: poner al otro de los nervios. Y, dado el exiguo espacio del que disponen, les sale a pedir de boca.

Sombra n.º 40

EL COCHE

Ser la novia de Mr. Grey significa, entre otras cosas, que te regale varios automóviles. La literatura menciona Audis y Saabs descapotables caídos del cielo. Aunque los coches pertenecen a su amada, Mr. Grey, listo como un hurón, prefiere ocuparse personalmente de conducir.

Ser la novia de Gregorio —menos listo que su álter ego literario— significa vivir en primera persona la experiencia devastadora de tenerlo a bordo como copiloto (el coche, además, nos lo hemos pagado nosotras, obviamente y como tiene que ser).

A cualquier Gregorio le parece imposible no correr el riesgo de quedarse impotente si, por ejemplo, mientras Lola aparca, él no se agita presa de convulsiones. La cabeza golpea a derecha e izquierda, los pies, sobre la esterilla, simulan pisar forzosamente el freno, el embrague y el acelerador mientras los brazos se agitan en desorden, obstaculizando, además, la visibilidad. Luego, cuando Lola ha terminado de aparcar de manera impecable, Gregorio se precipita fuera del habitáculo y, provisto de regla y goniómetro, se dedica a medir los centímetros que separan el coche de la acera, además de los grados (inapreciables) de inclinación del vehículo.

Pero demos un paso atrás: imaginémonos que Lola y Gregorio están viajando. Mientras Lola conduce tranquilamente, Gregorio parece tener el baile de San Vito. No consigue estarse quieto y juguetea frenético con todos los dispositivos que tiene a mano: el climatizador, el estéreo, el navegador, el reloj de cuco (Lola tiene que llevárselo a su madre). Después, cuando ha agotado los objetos que puede manipular, pasa a la temible fase de asesoramiento: lanza, en orden absolutamente fortuito y sin prestar atención a la carretera, una secuencia infinita de «¡Ojo!», «¡Ve más despacio!», «¡Acelera!», *«¿¡Quécoñohaces!?»*, hasta que la ingrata Lola le dirige un furibundo: «Ahora me paro y conduces tú, joder.»

Pero no, Gregorio se divierte mucho más en el asiento del copiloto. Por eso, artero, le pide disculpas a su amada y le jura que no lo hará nunca más. Luego, para no traicionar la palabra dada, pasa a la fase siguiente, la extraversión: al principio ignora diligentemente a Lola y, para calentar, comienza a observar con mirada asesina a todos los conductores de los demás vehículos sin proferir palabra. Pero se oye a la perfección el temblor de sus cuerdas vocales, que están al ralentí.

Acto seguido se manifiesta la provocación suprema: el hombre del sombrero que conduce despacísimo delante de ellos.

Irresistible. Gregorio empieza a agitarse en el asiento, se impacienta, gime, levanta un labio descubriendo el colmillo y gruñe sumiso. El hombre del sombrero es peor que un ratón mecánico: imposible no saltarle encima con las fauces abiertas de par en par y el pelo erizado.

Mordido el del sombrero, insultados un ciclista y un peatón y, por error, también una señal de circulación, Lola y Gregorio llegan al parking. La apertura de la persiana y otros problemas mecánicos harán que ambos acaben embadurnados en aceite lubricante. Pero ésa es otra historia.

Sombra n.º 41

LA MENSTRUACIÓN

Nada puede detener al vigoroso apetito sexual de Mr. Grey. Ni siquiera la menstruación. Tanto es así que lo vemos —o, mejor dicho, lo leemos— mientras tira, desenvuelto, del famoso cordoncito como si fuera la campanilla de una puerta y, sin esperar a que le den permiso, entra en la mansión, ahora casi accesible.

Gregorio, hombre de ciencia, sabe perfectamente que durante la menstruación una mujer no debe tocar las plantas porque si lo hace se secan y mueren entre gritos desgarradores. Por eso, en esos días, su plátano no se lo confía ni en sueños. Es más: la ciencia aplicada a la mayonesa confirma que ésta se vuelve loca al contacto menstruado de toda Lola, y que una mujer con el período es incluso capaz de hacer que se agríe la nata. Bueno, no es que Gregorio eyacule mayonesa ni nata, pero si el ciclo es capaz de deteriorar este tipo de líquidos, es mejor curarse en salud.

Además —lo dice incluso Plinio el Viejo, un Gregorio naturalista de tiempos pasados—, la proximidad de una mujer con la menstruación puede volver opacos los espejos, matar a las abejas y hacer que se oxide el hierro. Los espejos y las abejas a Gregorio lo traen sin cuidado, pero cuando oye lo del hierro se pone rígido. O, mejor dicho, se le pone rígida la chatarra que afirma albergar dentro de los calzoncillos. ¿Hierro? ¿Habéis dicho hierro? *«C’est moi!»*, anuncia orgulloso el miembro honorario de su ropa interior.

Y Gregorio, al pensar que su viejo y querido amigo podría oxidarse, se pone triste y se aleja en seguida, y por si acaso coge el paraguas, porque nunca se sabe.

En pocas palabras, nada de nada: cuando Lola tiene la menstruación, Gregorio y su plátano se mantienen a distancia, blandiendo azada y rastrillo a modo de cruz para defender el dulce fruto amenazado. «Vade retro», declara Gregorio. Y Lola, que en la hora de latín estaba siempre fumando en el váter, piensa que ese cerdo de Gregorio quiere entrarle en el retro

porque no puede proceder por otro sitio. Este malentendido, del que Gregorio incluso podría aprovecharse, abre varios escenarios; algunos que pueden acabar muy bien —«*Vade*, venga»—, otros no tanto.

Sombra n.º 42

EL VIRTUOSISMO

Cuentan que Mr. Grey baila el bolero divinamente. Gregorio cuenta bolas divinamente.

Sombra n.º 43

EL ARTE DE ESCUCHAR

Mr. Grey escucha a su amada. Mr. Grey desea ardientemente que ella le hable, le cuente sus cosas, le confiese sus sueños, se explaye sobre su relación. Cosas, todas ellas, que para un Gregorio medio constituyen la peor de las pesadillas: un ataque repentino de logorrea.

Así, si Lola le dice: «Tengo que hablar contigo», Gregorio empieza por colocarse las manos sobre los oídos y emite a voz en grito la conocida expresión: «Lalalalalalaaa.» De este modo, ninguna palabra que implique la acción de escuchar (y sobre todo que le obligue a responder) penetrará jamás en sus delicados y recalcitrantes pabellones auditivos.

También la tentativa intercultural de Lola de hablarle en jerigonza, farfullándole, tramposa: *«Tenpegopo quepe hapablarpa conpotipigopo»*, cae en el vacío. *«¿Ehpe? Nopotepeenpetienpedopo»*, contesta Gregorio, traicionándose a sí mismo, porque si contesta quiere decir que ha entendido a las mil maravillas lo que ella le decía.

Después, por seguridad —quizá Lola conozca también el alfabeto mudo—, Gregorio se quita hábilmente los calzoncillos (¡no, no para hacerla callar de ese modo!) y se los encasqueta en la cabeza, cubriéndose los ojos y volviéndose ciego, además de sordo.

Cuando por fin ni ve ni oye —pero aún podría hablar—, Gregorio va a la cocina a hacerse una tisana. Pero mientras trastea con hierbas medicinales y coladores de distinto tipo, con un gesto repentino intenta tragarse la tetera. Lo consigue en parte, a pesar de que de sus labios asoma indómito el pitorro de porcelana. Entonces, para que Lola se entere del molesto suceso que lo ha dejado mudo, emite un breve y gorjeante silbido. Y, luego, nada más.

Pero en los últimos tiempos Gregorio ha sabido desarrollar una técnica alternativa de supervivencia más avanzada: aunque no escucha, es capaz de archivar asépticamente en un ángulo del cerebro el sonido de las palabras que pronuncia Lola. No el significado, eh, sólo el sonido.

Si es necesario, o cuando Lola le ordena con aire de desafío: «Ahora me repites lo que te acabo de decir», él, *voilà*, reproduce la grabación y al mismo tiempo salva su vida.

En raras ocasiones, Gregorio, mientras reproduce, comprende incluso el sentido de lo que Lola le había dicho. Pero la mayor parte de las veces repite como un papagayo y después se marcha volando a otro lugar, ligero, inefable e impune.

Tenemos razón en creer que Mr. Grey no tardará en pedirle la patente de esta técnica sublime, en vista de todas las pajas mentales logorreicas que se hace su chica.

Sombra n.º 44

LAS OCASIONES MUNDANAS

Si Mr. Grey lleva a su amor a una fiesta, la abraza con actitud protectora y se la presenta a todos los presentes con orgullo, especificando sin rodeos y con subtítulos para discapacitados auditivos que es su novia. Obviamente, no la deja sola ni un segundo hasta ver que se ha integrado perfectamente, y evita contar anécdotas de su pasado de las que ella podría sentirse excluida. Incluso en una fiesta de disfraces, nuestro hombre logra hacerla sentirse a gusto. Una joya, este Grey tan sociable.

¿Y Gregorio? Gregorio, en general, a las fiestas va sólo para ligar. Si, en cambio, como suele decirse, se ha llevado la fiambrera de casa, las fiestas le tocan enormemente los huevos.

En cualquier caso, si no tiene más remedio que asistir a una fiesta con su Lola, la arrastra en seguida hacia el bufet, donde se lanza sobre la comida y las bebidas alcohólicas para olvidar el fastidio que le supone estar allí. Después, una vez que ha conseguido una tasa de alcohol en sangre suficiente para volverse un poco menos autista, Gregorio coge a Lola de la mano (con el fin de no dejársela allí olvidada a la hora de marcharse) y empieza a darse una vuelta por la fiesta. Cuando se encuentra a alguien —sobre todo si es una chica— evita, a diferencia del galante Grey, presentar a Lola como su novia, todo lo más como una «amiga». Y eso hace echar espumarajos de rabia a Lola hasta el punto de necesitar una inyección antitetánica urgente.

Luego, Gregorio se encuentra invariablemente a una «ex amiga» suya. Y ésta se lanza en seguida a recordar con él, riéndose con disimulo y guiñándole el ojo, una serie de anécdotas personalísimas e intimísimas (y, obviamente, divertidísimas) que vivieron juntos. A estas alturas, a la amiga Lola la baba le está desbordando sobre las mejillas, lo que hace que empiece a parecerse a Papá Noel.

Pero la fiesta no es de disfraces, y Mr. Grey no está con ella, ni siquiera disfrazado de Gregorio.

Sombra n.º 45

LIGAR

Mr. Grey es tan atractivo que no tiene ni que preocuparse por buscarse ligues. Las mujeres van tras él como abejas tras la miel o como moscas tras la sustancia correspondiente (esto depende de si el personaje literario más *hot* del momento nos cae bien o no).

Él, en cualquier caso, no mueve un dedo a menos que tenga un lugar ideal en el que introducirlo con sabiduría.

Gregorio, en cambio, el dedo lo mueve, y cómo lo mueve. Por ejemplo, cuando una desconocida hace clic en «Me gusta» en un enlace suyo de Facebook, él se precipita sin falta a poner el dedito telemático sobre el icono de ella. Y si intuye mínimamente que, fuera del contexto virtual, ella respira, entonces le pide amistad. Y no sólo amistad.

Sombra n.º 46

LOS COMPAÑEROS DE CORRERÍAS SEXUALES

Existen individuos a los que el concepto de pareja estable les produce alergia, ya se trate de compromiso o, aún peor, de matrimonio. Mr. Grey, huelga decirlo, no forma parte de ese grupo de personajes enfermizos.

Tras poquísimos días, él se declara oficialmente a su chica y no tiene ni un ataque de asma, ni una pápula de urticaria, ni una placa de eccema, ni comienza a rascarse convulsivamente bajo las axilas presa de la angustia.

El sistema inmunitario de Gregorio, en cambio, es un pelín hipersensible. Es decir, mientras los genitales se apareen sin que ello implique a sus propietarios, no tiene ni problemas ni eccemas, e incluso alienta la naciente amistad con todos los medios a su alcance. Es a él, por ejemplo, a quien se debe la invención del llamado «follamigo».

El follamigo, en la práctica, es un novio que no quiere comprometerse. Gregorio reivindica el concepto de una manera distinta, lógicamente, pero en realidad es tan sólo una estratagema con la que trata de inventar fórmulas socialmente aceptables para defenderse de su alergia al polen de la pareja.

Tomemos a un Gregorio y a una Lola unos segundos después de su primer beso. Gregorio tiene todas las neuronas ocupadas en localizar lo antes posible un lugar apartado donde hacer que el amigo que está mordiendo el freno dentro de sus pantalones se divierta también. Ningún otro pensamiento cruza su materia gris. Es la supervivencia de la especie lo que lo mueve.

Lola tiene todas las neuronas ocupadas en comprender si este Gregorio al que acaba de besar será un buen padre para sus hijos o si, por lo menos, sabrá arreglar persianas cuando se rompa una en casa. Es la supervivencia de la especie (y la de las persianas) lo que la mueve también a ella.

Bueno, imaginemos que los dos han encontrado un lugar apartado y que le han sacado el mayor provecho. La materia gris de Gregorio se ve recorrida por descargas eléctricas a causa de las neuronas que parlotean convulsivamente:

«Oye —pregunta una de las neuronas—, y no será que ahora esta Lola espera que seamos novios, ¿verdad?»

«Nooo —responde otra—, ya puede quitárselo de la cabeza, sabe perfectamente que somos follamigos.»

«¿Follamicos? Perdona, pero ¿desde cuándo nos follamos a los micos?»

«Cállate, venga. Y, en lugar de decir gilipolleces, piensa en cómo establecer con Lola una relación sin ataduras, que después te llenas de pápulas y comienzas a rascarte que ni que tuvieras pulgas.»

Entretanto, las neuronas de Lola están desplegando una sutil estrategia antipulgas para colocar un collar bien apretado en torno al cuello de su follamico. ¿Lo conseguirá? ¿No lo conseguirá?

Quién sabe. Si tuviéramos a mano una trilogía, quizá lo descubriríamos.

Sombra n.º 47

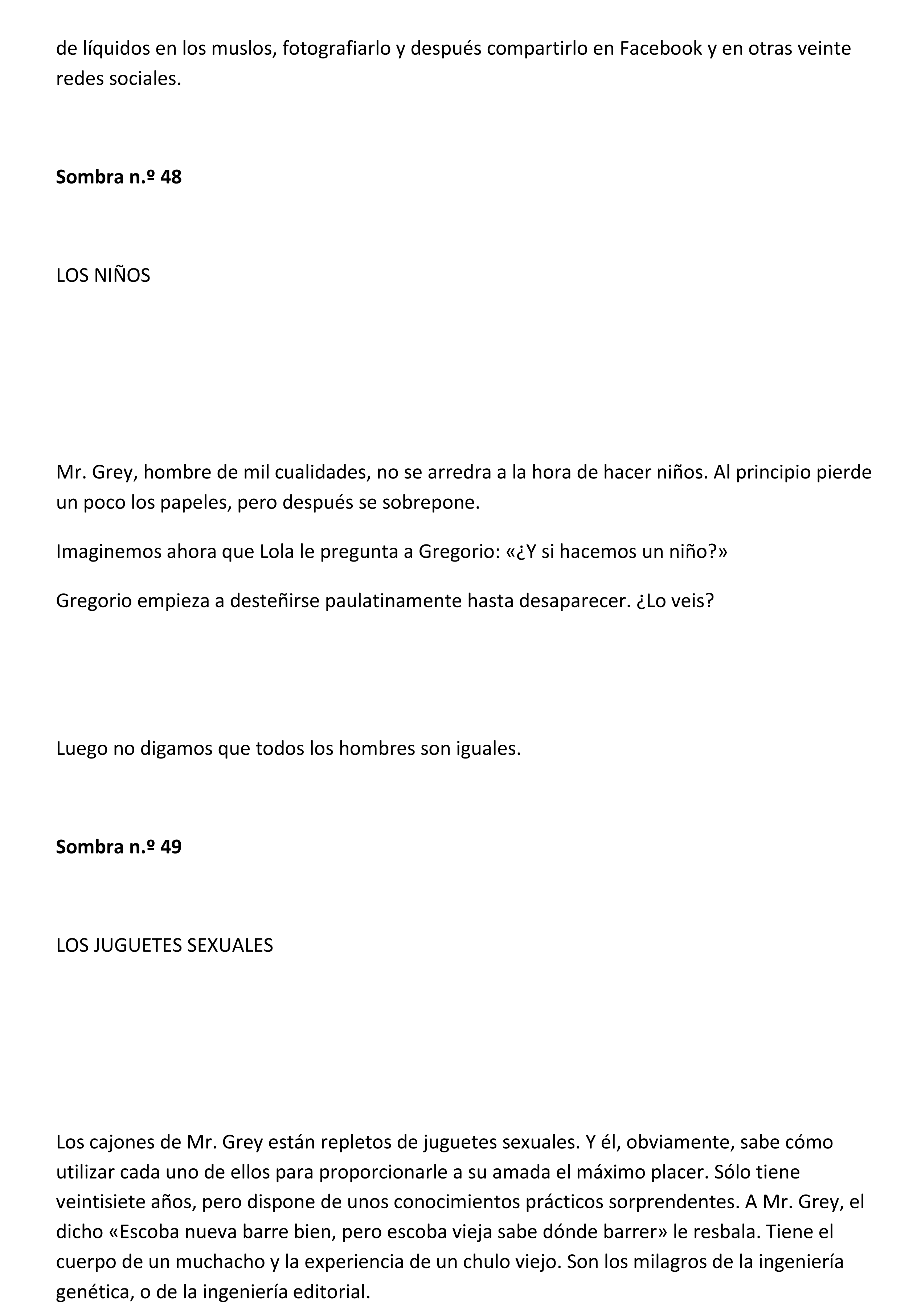
LA ALIMENTACIÓN

Mr. Grey, a causa de sus turbios objetivos eróticos, pretende que su amada se alimente en abundancia. Es más, a decir verdad, está un poco obsesionado con la comida: peor que una madre de los años cincuenta, sigue exhortando a su chica a comer, comer y comer.

Lo cierto es que todas y cada una de nosotras, incluso quien está excesivamente delgada, se siente siempre tremendamente obesa: una bola de sebo que tal vez lleve la talla 38, pero una bola de sebo en cualquier caso. Así que un hombre que nos incite a comer, que nos lo ordene y que incluso nos lo suplique..., bueno, es algo que sólo existe en las fábulas. ¡Venga ya!

El Gregorio real, en cambio, sufrió al nacer una delicada operación en los ojos. Le injertaron varios instrumentos de medición que ahora están arraigados en su pupila. Y son instrumentos de alta precisión.

En orden aleatorio, le implantaron: una báscula digital con tarjeta de memoria para echarnos en cara en cualquier momento aquel mes que engordamos; un escáner de altísima definición para escanearnos la silueta y revelar excesos de hasta un solo nanomilímetro; un calibrador *wireless* que define la masa magra y la grasa, y que también es capaz de distinguir entre la metabolización de la lasaña y la de la lechuga; un tomógrafo que atraviesa los tejidos con los rayos X y emite una pedorreta en cuanto localiza la celulitis; un microscopio electrónico que examina cada célula adiposa y, si ésta tiene la servilleta aún atada al cuello y la expresión satisfecha, la aplasta bajo el cristal; una máquina de la verdad dotada de alarma sonora antropomorfa que grita, sardónica, «Yaaaa» cuando la paciente jura que sólo ha comido un yogur; y una vara de zahorí provista de cámara fotográfica y puerto USB para buscar el exceso



de líquidos en los muslos, fotografiarlo y después compartirlo en Facebook y en otras veinte redes sociales.

Sombra n.º 48

LOS NIÑOS

Mr. Grey, hombre de mil cualidades, no se arredra a la hora de hacer niños. Al principio pierde un poco los papeles, pero después se sobrepone.

Imaginemos ahora que Lola le pregunta a Gregorio: «¿Y si hacemos un niño?»

Gregorio empieza a desteñirse paulatinamente hasta desaparecer. ¿Lo veis?

Luego no digamos que todos los hombres son iguales.

Sombra n.º 49

LOS JUGUETES SEXUALES

Los cajones de Mr. Grey están repletos de juguetes sexuales. Y él, obviamente, sabe cómo utilizar cada uno de ellos para proporcionarle a su amada el máximo placer. Sólo tiene veintisiete años, pero dispone de unos conocimientos prácticos sorprendentes. A Mr. Grey, el dicho «Escoba nueva barre bien, pero escoba vieja sabe dónde barrer» le resbala. Tiene el cuerpo de un muchacho y la experiencia de un chulo viejo. Son los milagros de la ingeniería genética, o de la ingeniería editorial.

Gregorio, que no es precisamente un experto en artilugios sexuales, va un día a visitar un establecimiento especializado en accesorios eróticos con el fin de ampliar su cultura. A decir

verdad, se siente más bien violento. Entre otras cosas porque si, por ejemplo, tuviera que ir a la farmacia a comprarse la crema para las hemorroides, podría excusarse ante la procaz farmacéutica: «Es para mi pobre abuelo, ¿sabe?», reforzando la aclaración con una expresión de repugnancia e incredulidad. Pero aquí, en el *sex shop*, los vetustos glúteos del abuelo no pueden sacarlo del apuro.

Un vez en la tienda del pecado, se le abre un mundo. Y, en verdad, de ese mundo no es que él sepa gran cosa. Lo primero que ve, por ejemplo, lo sume en el desaliento más profundo: «¿Qué coño hace un patito de goma en la estantería? ¿Desde cuándo los patitos de goma se han convertido en pornopatitos? Decidme la verdad: ¿qué ha pasado en Patoburgo?»

Después, con la intención de mudarse por venganza a Ratónpolis, se pasea entre los estantes mostrando un aire escéptico para darse tono. Muñecas hinchables, vulvas hinchables, penes hinchables.

El kit para naufragios está bien surtido: si a bordo del *Titanic* hubiera viajado un erotómano, no habría pasado lo que pasó.

Ahora Gregorio examina un vibrador que presenta en un lado un dedito índice dirigido hacia arriba, como si estuviera regañando a alguien. Claro, porque sin ese dedito, quién estimula el clítoris, ¿eh? No quisiéramos hacer distingos en la vagina de nadie, ¿verdad? Gregorio piensa que el dedito también lo lleva él de serie, pero no dice nada.

¿Y el llamado vibrador de garfio? No será el del capitán homónimo, ¿verdad? Que no, usuario bobo, está hecho adrede para alcanzar el punto G. ¿Y los anillos fálicos? ¿Son para las más románticas? Y estas pinzas, ¿para qué sirven, para mantener en su sitio los pezones despeinados?

A continuación, Gregorio descubre, en la sección *high-tech*, algunos juguetes sexuales que se conectan nada más y nada menos que al reproductor de MP3. Por lo visto, según la potencia de los gemidos que emite la Lola de turno, ellos comprenden solitos la intensidad que ella prefiere. ¡Caramba!

Así, Gregorio, en parte consternado y en parte confuso, abandona el establecimiento y entra en la frutería de al lado: «Perdone, ¿no tendrá usted plátanos? Pero de esos de antes, ¿eh?»

Sombra n.º 50

LOS MATICES

Supongamos que a Mr. Grey y a su Anastasia un día les sucede algo desagradable. Una cosita menor, como un forúnculo en la nariz. Supongamos ahora, conociendo un poco al míster, que ambos afrontan el problema con seriedad, aprensión y un despliegue de medios que ni la NASA. Después, bueno, acaban follando, ya se sabe. Pero si el forúnculo en la nariz les saliera, siempre hablando hipotéticamente, a los cincuenta años de edad y después de tres decenios juntos…, bueno, tampoco tenemos claro que fueran a acabar igual.

En cambio, una cosa es cierta: Gregorio afrontaría el problema del forúnculo —o lo que hiciera las veces de forúnculo— de un modo tan desproporcionado y absurdo que nos echaríamos a reír hasta dislocarnos las mandíbulas. Y perdonad, pero a la larga es mejor dislocarse las mandíbulas por una *risatio* que por una *fellatio*.

Y otra cosa más, o, mejor dicho, tres. O, ya puestos, una trilogía: no hay mejor regalo que el que nos hacemos nosotras solas, no hay protección más eficaz que la que nos procuramos nosotras mismas, y no hay mejor Gregorio que el que jamás trataremos de hacer que se parezca a Mr. Grey.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a E. L. James y a su trilogía por haberme regalado muchas horas de divertida lectura. Y por haberme provocado unas ganas irresistibles de escribir este libro.